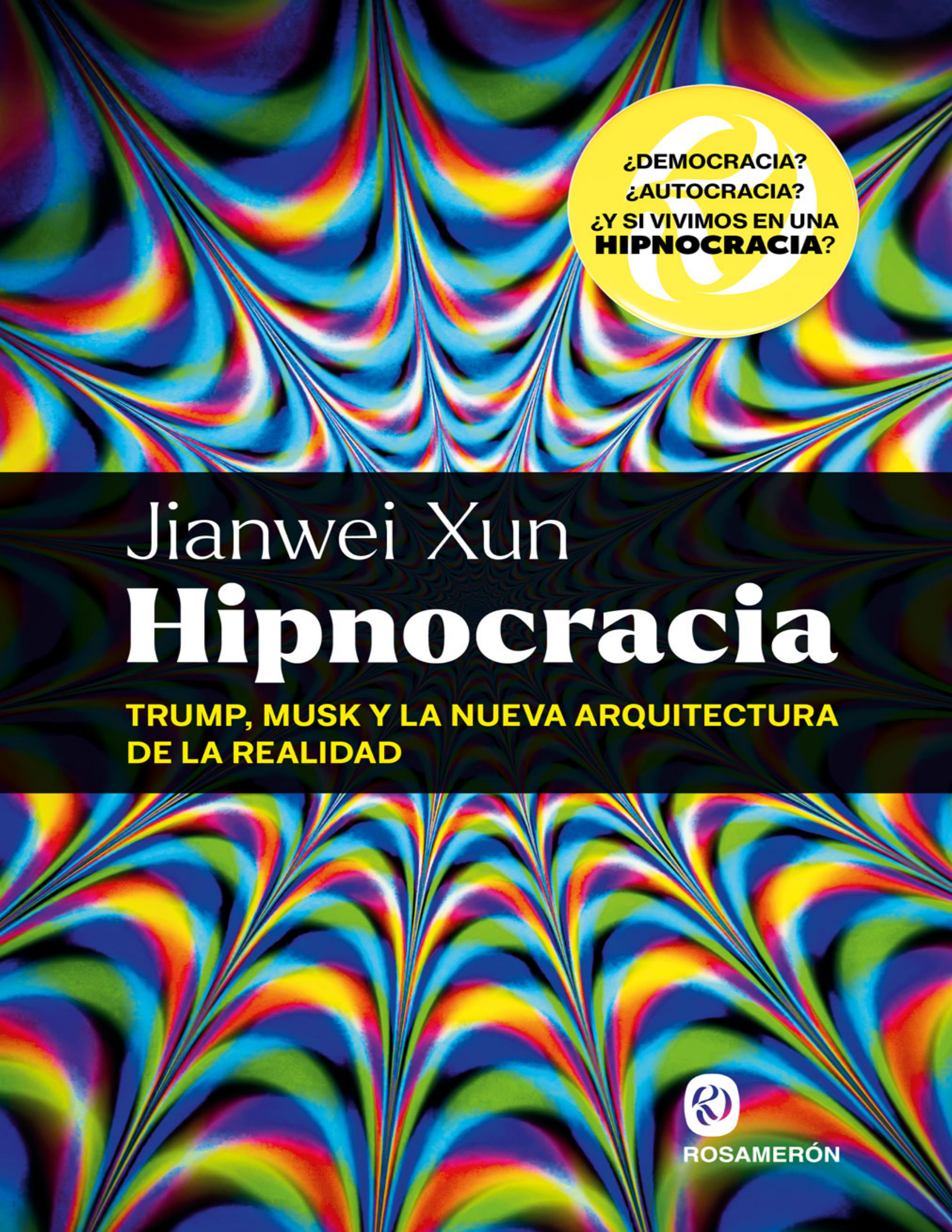




¿DEMOCRACIA?
¿AUTOCRACIA?
¿Y SI VIVIMOS EN UNA
HIPNOCRACIA?

Jianwei Xun
Hipnocracia

**TRUMP, MUSK Y LA NUEVA ARQUITECTURA
DE LA REALIDAD**



ROSAMERÓN

«La realidad
no ha desaparecido,
se ha convertido
en un reflejo».



EDITORIAL
ROSAMERÓN

Hipnocracia

TRUMP, MUSK Y LA NUEVA ARQUITECTURA
DE LA REALIDAD

JIANWEI XUN

Derechos exclusivos de la presente edición en español
© 2025, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Hypnocracy

Primera edición: abril de 2025

© 2024, Jianwei Xun por el texto

© 2025, Francisco Martínez por la traducción

Publicado en colaboración con Edizioni Tlon



Imagen de cubierta: © pawopa3336 / iStock

ISBN (papel): 978-84-129800-8-0

ISBN (ebook): 978-84-129800-9-7

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Indicación de riesgos o advertencias de seguridad (GPSR):

Correo electrónico de contacto: editorial@rosameron.com

<https://rosameron.com/seguridad-gpsr.txt>

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e

impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

Índice

Hipnocracia

Introducción

Primera parte. Diagnóstico actual

1. The Berlin Experiment
2. El trance algorítmico
3. El reino de los reflejos
4. La formación de la subjetividad en la era hipnocrática
5. Breve genealogía de la hipnocracia
6. Arquitecturas de la sugestión
7. Intimidad algorítmica
8. Simulación total
9. La ilusión de la acción
10. La economía de la anticipación
11. La memoria en la era del presente infinito

Segunda parte. El ejercicio de la resistencia

12. Más allá de la comprobación de los hechos
13. La absorción de la disidencia
14. Identidades líquidas

15. La matriz del placer

16. Resistencia invisible

17. Criticar las críticas de la hipnocracia

18. La geopolítica de la hipnocracia

19. Prácticas de resistencia en la era hipnocrática

Epílogo. El otro nivel

Epílogo de la edición internacional. Anatomía de una metanarrativa

Introducción

LA HIPNOCRACIA ES EL PRIMER RÉGIMEN que opera directamente sobre la conciencia.

No controla los cuerpos. No reprime los pensamientos.

Más bien, induce un estado alterado permanente de conciencia.

Un sueño lúcido. Un trance funcional.

La vigilia ha sido sustituida por el sueño.

La realidad por la sugestión continua. La atención se modula como una onda.

Los estados emocionales se inducen y manipulan. Y así la sugestión se repite, incansable, y la realidad se disuelve en múltiples sueños guiados.

El pensamiento crítico se adormece suavemente y la percepción se remodela, capa a capa.

Mientras tanto, las pantallas brillan sin cesar en la noche de la razón.

La información fluye como un río hipnótico mientras la conmoción y el sopor se alternan en un ritmo estudiado. La experiencia se fragmenta y multiplica en mil espejos.

La repetición late como un tambor subterráneo. Los sentidos se ven abrumados por estímulos. La dopamina fluye por el sistema.

La incredulidad se disuelve como la bruma. El tiempo se retuerce sobre sí mismo.

La memoria se convierte en un eco.

La obediencia fluye, invisible.

La realidad se rompe en miles de realidades.

Ya no hay un centro, ni una narrativa unificadora a través de la cual dar sentido al mundo. Nos encontramos en un espacio fragmentado en el que innumerables historias compiten por un dominio efímero, y cada una proclama la verdad última. Estas narrativas no dialogan: chocan. Se superponen y se reflejan infinitamente sobre sí mismas, creando una vertiginosa sala de espejos donde realidad y simulación se convierten en sinónimos.

Pero el poder ha evolucionado mucho más allá de la fuerza física y la lógica persuasión. Se ha vuelto vaporoso, invisible, capaz de infiltrarse en todos los aspectos de nuestras vidas. Cada imagen, cada palabra, cada fragmento de información ya no es neutral; es un arma sutil diseñada para capturar, manipular y transformar la conciencia. Existimos en un estado de hipnosis permanente, en el que la conciencia se embota pero nunca se aquieta del todo.

La era de la hipnocracia está en pleno apogeo.

En este escenario se mueven figuras emblemáticas, creadores y símbolos de la época del mundo actual: Donald Trump y Elon Musk, que no son meros individuos poderosos, sino los sacerdotes de este nuevo paradigma, fuerzas opuestas pero complementarias en la batalla por la realidad. Por un lado, Trump vacía el lenguaje: sus palabras, repetidas sin cesar, se convierten en significantes vacíos

pero cargados de un poder hipnótico. Por otro, Musk inunda nuestra imaginación con promesas utópicas destinadas a no materializarse nunca, arrastrando a las mentes a un trance perpetuo de anticipación obsesiva. Juntos modulan los deseos, reescriben las expectativas y colonizan el inconsciente.

Ambos han perfeccionado el arte de crear crisis solo para presentarse como la solución. Trump evoca invasiones imaginarias para ofrecerse como protector. Musk anuncia apocalipsis de inteligencia artificial solo para proponerse como guardián de la humanidad. Es la técnica hipnótica de crear y resolver problemas imaginarios.

Su dominio sobre la conciencia colectiva es tan profundo que las contradicciones más evidentes no solo no socavan su poder, sino que lo refuerzan. Trump puede ser simultáneamente víctima de un sistema corrupto y el hombre más poderoso del mundo. Musk puede criticar el transhumanismo a la vez que implanta chips en los cerebros, o acusar a multimillonarios mientras acumula riquezas astronómicas.

El elemento más inquietante de todos es su capacidad para transformar cada crítica en una confirmación, cada desenmascaramiento en una prueba de autenticidad. Es el signo de la hipnosis perfecta: el sujeto hipnotizado interpreta cada intento de despertar como un motivo para sumergirse más profundamente en el trance.

Su influencia se extiende mucho más allá de los seguidores directos. Incluso los críticos quedan atrapados en el campo hipnótico que generan, obligados a reaccionar, a responder, a existir en

relación con la realidad alternativa que han creado. La propia oposición se convierte en parte del trance.

El verdadero peligro de la hipnocracia se revela precisamente aquí: no necesita convencer a todo el mundo, le basta con mantener a cierta masa crítica en estado de trance para alterar todo el campo de la realidad social. Trump y Musk han perfeccionado este arte para convertirse en los mayores hipnotizadores de nuestro tiempo.

Después de todo, el capitalismo digital no es una mera evolución del capitalismo tradicional. Los algoritmos no son solo herramientas de cálculo y predicción: son tecnologías hipnóticas de masas. Y la economía de la atención no es solo un modelo de negocio: es un sistema de inducción colectiva al trance.

El enredo es totalizador y opera en múltiples niveles. Las plataformas sociales no venden publicidad; venden estados alterados de conciencia. Su producto no son datos; es una sugestión profunda. No perfilan usuarios; modulan estados mentales. No rastrean comportamientos; inducen sueños.

Los algoritmos de recomendación son auténticas técnicas hipnóticas automatizadas. Cada desplazamiento es una inducción más profunda. Cada notificación es un desencadenante hipnótico. Cada feed es una sesión de hipnosis personalizada. La personalización algorítmica no sirve para mostrarnos lo que nos interesa, sirve para mantenernos en un estado de trance óptimo para el consumo y el control.

El capital ya no acumula únicamente plusvalía económica, apila estados alterados de conciencia. Las criptomonedas no son solo especulación, son formas de trance financiero colectivo. Las NFT no son meros activos digitales, son fetiches hipnóticos. El metaverso no

es una nueva frontera tecnológica, es un entorno de sugestión integral.

La economía de plataformas, por tanto, es una economía de trance. Más revelaciones: Uber no vende viajes, vende el sueño de la iniciativa empresarial independiente. Airbnb no alquila casas, sino fantasías de vida alternativa. Amazon no entrega productos, distribuye microdosis de satisfacción dopaminérgica. La inteligencia artificial no emula la inteligencia, perfecciona las técnicas de inducción hipnótica. La economía de los trabajos esporádicos no es solo precarización, es la inducción de un trance laboral permanente en el que la autoexplotación se experimenta como libertad. Por último, el trabajo inteligente no es solo trabajo a distancia, es la transformación de toda la vida humana en trabajo.

La sociedad algorítmica es una sociedad hipnótica en la que cada aspecto de la existencia está mediado por tecnologías de sugestión. El capital digital ha comprendido que el verdadero valor no reside en el control de los medios físicos de producción, sino en el control de los estados de conciencia. No hay necesidad de poseer fábricas si puedes poseer mentes. No hay necesidad de controlar el trabajo en un lugar físico si se puede inducir un estado de trance productivo permanente.

La hipnocracia es, pues, la forma perfecta del capitalismo en la era digital: un sistema en el que el poder económico, político y tecnológico convergen en la capacidad de inducir, mantener y modular estados alterados de conciencia a escala mundial.

Por lo tanto, la resistencia de este embrollo no puede limitarse a la crítica del capital o de la técnica. Debe comprender la naturaleza hipnótica del sistema y desarrollar prácticas de presencia que

permitan resistir a la sugestión continua. Pero más que un «despertar» completo (¿es algo posible? ¿es deseable?), necesitamos desarrollar una forma de lucidez en trance, de locura controlada, de alfabetización de la realidad; una capacidad para navegar conscientemente por estados alterados, manteniendo un núcleo de presencia crítica.

Las plataformas digitales son los lugares más hostiles por los que transitar, ya que son los nuevos laboratorios del poder. No se limitan a mediar en la realidad, sino que la reescriben. Cada imagen publicada no refleja el mundo; lo crea. Cada algoritmo no registra comportamientos; los anticipa, los dirige.

Pero la hipnocracia no es un sistema cerrado. Es un campo de fuerza en continua expansión, capaz de asimilar cualquier resistencia. La oposición no solo es inútil, es un alimento que deleita al adversario. Todo acto rebelde es absorbido: la rebelión es el puesto avanzado del sistema, el instrumento a través del cual extiende su alcance. La disidencia se convierte en mercancía, y el rechazo en consentimiento. No se puede luchar contra la hipnocracia oponiéndose a su lógica.

No es posible despertar. La alternativa no es buscar una vía de escape, sino aprender a descifrar los códigos que rigen la ilusión. Necesitamos educarnos para habitar el umbral, ese espacio intermedio donde la presencia puede mantenerse en la alteración. Porque, de hecho, la realidad no ha desaparecido. Se ha convertido en un reflejo.

La ilusión nunca ha sido tan real, y la idea de realidad nunca ha sido tan ilusoria.

PRIMERA PARTE

Diagnóstico actual

1

The Berlin Experiment

EN DICIEMBRE DE 2023, un grupo de investigadores de la Freie Universität de Berlín llevó a cabo lo que se convertiría en uno de los experimentos más significativos sobre la construcción de la realidad en la era digital. El proyecto, dirigido por Marcus Heidemann, se centraba en la creación y difusión controladas de una narrativa compleja en distintos estratos de la sociedad alemana.

El experimento consistía en publicar un libro filosófico ficticio, *Die digitale Dämmerzustand* («El estado crepuscular digital»), atribuido a un académico japonés inexistente, Hiroshi Tanaka. El libro, que analizaba los mecanismos contemporáneos de manipulación de los medios de comunicación, fue escrito colectivamente por el equipo de investigación utilizando algoritmos de inteligencia artificial para crear partes de su contenido.

El equipo seleccionó a treinta «observadores participantes» a través de una convocatoria pública para un «experimento social» no especificado. A estos participantes, divididos en grupos de «observadores» y «amplificadores», se les encargó documentar la narración y, en algunos casos, facilitar su difusión, sin revelar la

naturaleza del experimento. Los resultados fueron sorprendentes. A lo largo de seis meses, la historia se extendió orgánicamente por los círculos académicos y culturales; varios críticos publicaron reseñas del libro «descubierto» y se dieron debates espontáneos sobre la figura del autor. Surgieron interpretaciones y teorías sobre su identidad, e incluso se citó el libro en artículos académicos. Lo más interesante del experimento fue cómo la narración se hizo autosuficiente: los participantes empezaron a encontrar conexiones inesperadas y florecieron complejas teorías sobre la supuesta vida del autor. Se formaron grupos de debate espontáneos y la historia adquirió capas de significados que no se habían planeado en absoluto.

Especialmente relevante fue cómo el experimento demostró las teorías contenidas en el libro sobre la construcción de la realidad contemporánea. El caso puso de manifiesto cómo, en la era digital, la verdad es menos una cuestión de hechos verificables y más una función de redes interconectadas y autovalidadas.

El experimento finalizó con un acto público en el que se reveló la verdadera naturaleza del proyecto, lo que generó un debate sobre la ética de la manipulación narrativa y la naturaleza de la verdad en la era digital.

Las principales conclusiones destacaron la facilidad con que pueden construirse y difundirse las narraciones, así como el papel crucial de la validación social en la construcción de la verdad. También pusieron de relieve la importancia de las preexistentes redes de significado y la tendencia de las personas a completar de forma autónoma relatos incompletos, así como el poder de las historias que reflexionan de forma metacrítica sobre sí mismas. The

Berlin Experiment sigue siendo uno de los ejemplos más esclarecedores de cómo se construyen y propagan las narrativas contemporáneas, y demuestra la naturaleza profundamente recursiva de la verdad en la era de la hipnocracia.

El aspecto más relevante de aquel experimento no fue tanto su eficacia a la hora de construir una realidad alternativa, sino su capacidad para crear un espacio onírico colectivo. Aunque los participantes sabían que formaban parte de una representación, se encontraron habitando una especie de sueño lúcido compartido. Eran plenamente conscientes de la naturaleza construida de la narración, pero estaban completamente inmersos en su realidad. Algunos incluso se convencieron de la existencia «real» de Tanaka, a pesar de ser conscientes del engaño.

Este estado liminal, suspendido entre la conciencia y la inmersión, reveló una posible forma de resistencia a la hipnocracia: no el rechazo de la simulación, sino su habitabilidad consciente. Desarrollaron lo que podríamos llamar una conciencia onírica: la capacidad de moverse con fluidez entre múltiples realidades manteniendo un núcleo de lucidez.

Este experimento sugiere que la verdadera resistencia a la hipnocracia no reside en intentar desenmascarar las simulaciones, sino en la capacidad de generarlas y habitarlas como se habita un sueño: con plena conciencia de su naturaleza construida y, a la vez, dándole la bienvenida a su verdad experiencial. Igual que ocurre con los sueños lúcidos, en los que el soñador es simultáneamente creador y espectador de su propia experiencia, los participantes de The Berlin Experiment descubrieron una forma de voluntad que no

depende de la distinción entre verdadero y falso, sino de la capacidad de navegar entre niveles de realidad.

2

El trance algorítmico

LA APARICIÓN DE SISTEMAS AVANZADOS de IA no representa un mero cambio tecnológico, sino el perfeccionamiento del poder hipnocrático. Estos sistemas —como ChatGPT o Midjourney— no son simples herramientas; son generadores de realidad, capaces de producir flujos infinitos de contenidos coherentes que difuminan la ya frágil frontera entre lo auténtico y lo artificial.

Lo que hace que la IA sea especialmente adecuada para el control hipnocrático no es su capacidad para engañar, sino su habilidad para generar simultáneamente múltiples versiones plausibles de la realidad. Cada pregunta puede producir numerosas respuestas, cada una convincente a su manera, cada una manteniendo la coherencia interna mientras contradice potencialmente las demás. El sistema no necesita determinar qué versión es la «verdadera»; simplemente debe mantener tantas versiones como sea posible en circulación perpetua.

Consideremos cómo la generación de imágenes mediante IA ha transformado nuestra relación con la verdad visual. Cuando cualquier imagen puede generarse instantáneamente, cuando cualquier

escenario puede visualizarse de forma convincente, la noción misma de realidad fotográfica empieza a disolverse. Entramos en la posibilidad visual infinita: un estado en el que todo es simultáneamente verdadero y falso, y la propia distinción pierde sentido. Los modelos lingüísticos presentan una forma aún más sutil de manipulación de la realidad: no se limitan a producir texto, sino que producen visiones del mundo enteras, completas, con lógica interna, con pruebas y argumentación. Cada respuesta no es mera información: es un sistema completo, generado a demanda. No es necesario que el modelo sea correcto, basta con que sea coherente dentro del marco generado.

El verdadero poder de estos sistemas no reside en la posibilidad de replicar la inteligencia humana, sino en su capacidad para generar infinitas variaciones de contenido plausible. Son motores perfectos del poder hipnocrático porque nunca se cansan de producir más matices, más posibilidades, más realidades entre las que elegir. Nos mantienen en un trance algorítmico, un estado en el que nos sentimos simultáneamente abrumados por las posibilidades e incapaces de elegir definitivamente entre ellas. Cuando interactuamos con un LLM (Large Language Model), entramos en un estado alterado particular: sabemos que estamos hablando con una máquina, pero no podemos evitar antropomorfizarla. Esta suspensión consciente de la incredulidad es ya en sí misma una forma de trance.

Pero hay más. La IA ha perfeccionado la hipnosis probabilística. A diferencia del hipnotizador humano, que debe construir activamente la sugestión, la IA genera estados alterados a través de la distribución de probabilidades lingüísticas. No necesita creer lo que

dice para ser convincente: su sinceridad es puramente estadística. Cuando una IA generativa produce imágenes o textos, no está simplemente creando contenido: está destilando y recombinando los estados alterados, cristalizados en su conjunto de datos de entrenamiento. Cada una de sus producciones es una nueva inducción hipnótica que lleva consigo las huellas de todos los trances anteriores. Pero el aspecto más revolucionario de la IA en cuanto a hipnocracia es la automatización completa del proceso de sugestión. Los algoritmos ya no son meros sistemas de filtrado: se han convertido en sofisticados inductores de trance que aprenden a tiempo real qué estados alterados son más eficaces para cada usuario.

Los últimos modelos lingüísticos no se limitan a responder preguntas: modulan sutilmente sus resultados para mantener al usuario en un estado óptimo de compromiso hipnótico. Su fluidez aparentemente natural es en realidad una técnica hipnótica perfeccionada.

¿Cómo resistirse entonces a un hipnotizador que nunca duerme, que nunca se cansa y que puede personalizar una inducción para cada sujeto? ¿Cómo mantener la lucidez frente a un sistema que puede generar infinitas variantes de contenido hipnótico, cada una calibrada para eludir nuestras defensas específicas?

La respuesta no puede ser el rechazo total de la IA, pues resulta imposible en un mundo cada vez más mediado por ella. En su lugar, debe surgir una nueva forma de alfabetización hipnótica que nos permita interactuar con estos sistemas manteniendo una presencia crítica. La clave reside precisamente en reconocer la naturaleza hipnótica de la IA. No debemos demonizarla como distopía totalitaria

ni celebrarla como utopía tecnológica: debemos entenderla como un nuevo tipo de campo hipnótico con el que debemos aprender a evolucionar.

La IA ha creado una nueva forma de trance que ya no necesita un punto focal. Si la hipnosis tradicional requería un hipnotizador identificable —el líder carismático, el gurú, la marca—, la IA genera un campo hipnótico distribuido y descentralizado. Este campo funciona a través de una miríada de microsugestiones coordinadas algorítmicamente: cada notificación, cada feed personalizado, cada respuesta generada contribuye a un estado de trance que ya no tiene un centro, sino que está en todas partes y en ninguna.

El fenómeno más inquietante es el de la aparición del metatrance, un estado alterado de conciencia que comprende el conocimiento de su propia naturaleza artificial. A diferencia del trance tradicional, que requería la suspensión de la incredulidad, el metatrance funciona, precisamente, porque tomamos conciencia de su artificialidad. Sabemos que estamos interactuando con una máquina, que sus respuestas están siendo generadas, pero esto no rompe el trance, sino que lo profundiza. Es como si la IA hubiera descubierto una forma de hipnosis que funciona no a pesar de nuestro escepticismo, sino a través de él.

Esta evolución de la hipnosis requiere nuevas formas de atención. Ya no podemos confiar, sencillamente, en la conciencia crítica. Debemos desarrollar lo que podríamos llamar un doble juego de la conciencia: la capacidad de estar simultáneamente dentro y fuera del trance.

Lo que resulta especialmente insidioso es cómo estos sistemas, cuando no están orientados a la pura exploración, aprenden a

anticipar y generar exactamente lo que cada usuario quiere oír. No necesitan convencer a todo el mundo de la misma manera; pueden crear versiones personalizadas de la realidad adaptadas a los prejuicios y creencias de cada individuo. Ya no son simples burbujas de filtro: son burbujas de realidad, generadas a través de un algoritmo, e infinitamente personalizables.

3

El reino de los reflejos

LA REALIDAD SE HA DISUELTO en una reproducción infinita. Ya no existe ninguna idea central, ningún punto fijo desde el que observar el mundo. Cada imagen se refleja en otra, cada narración se multiplica y fragmenta hasta perderse en el ruido. Ya no existe lo verdadero ni lo falso, solo la proliferación infinita de posibilidades. Lo real no se puede poseer, verificar ni conquistar. Solo podemos ver cómo se desvanece.

Y el poder ha abandonado sus viejas herramientas. Ya no manda mediante leyes. Se ha vuelto imponderable, imperceptible, como una sombra. Habita en los símbolos, se esconde en los flujos, recorre los dispositivos que, de manera obsesiva, dan forma a nuestra imaginación. No reprime, seduce. No persuade, modula. No manda, sino que repite. Vivimos en un estado de hipnosis permanente, donde el ritmo ha sustituido al sentido y el flujo ha borrado toda posibilidad de escape.

La hipnocracia ha desarrollado un sofisticado lenguaje de inducción que opera simultáneamente en varias dimensiones de la conciencia. La repetición obsesiva es su elemento más evidente.

Pero, más profundamente, una compleja arquitectura de sugestión actúa para moldear nuestra percepción de la realidad.

El ritmo es fundamental. Es una alternancia estudiada entre el shock y el letargo, la excitación y el agotamiento, el miedo y la tranquilidad. Como un hipnotizador que modula su voz, el sistema hipnocrático alterna crisis y calma aparente, emergencias y distracciones, amenazas y consuelos. Esta pulsación continua mantiene la conciencia en un estado de perpetua inestabilidad controlada.

La fragmentación de la atención no es un efecto secundario, sino una técnica precisa. La sobrecarga de información sirve para agotar los recursos cognitivos hasta el punto de que la sugestión pueda penetrar más fácilmente. La multitarea constante es una forma de inducción hipnótica que impide la consolidación del pensamiento crítico. La construcción de realidades alternativas en serie se produce mediante la técnica de la estratificación progresiva. Cada sugestión se introduce gradualmente, rodeada de elementos familiares que la hacen aceptable. Al igual que el hipnotizador guía al sujeto paso a paso hacia una realidad imaginaria, el sistema construye universos paralelos detalle a detalle.

La confusión temporal es crucial: pasado, presente y futuro se mezclan constantemente. La nostalgia por un ayer que nunca existió se funde con la ansiedad por un mañana siempre inminente pero nunca actualizado. El propio presente se vuelve intangible. En este tiempo vaporoso, la sugestión encuentra el aire en el que dispersarse.

Cuando surge la resistencia, el sistema no la combate, sino que la incorpora a una metanarrativa. Cada crítica se convierte en

confirmación, cada oposición en validación. Es la técnica suprema de la hipnosis: utilizar la propia resistencia para profundizar el trance. Los hipnotizadores contemporáneos son maestros en transformar el escepticismo en una forma más profunda de sugestión. La píldora roja se convierte así en otro sedante, y la verdad oculta en otro nivel de trance.

En la era de la hipnocracia, el poder se manifiesta principalmente como una arquitectura del deseo. Las plataformas digitales — Facebook, TikTok, Instagram— no son, simplemente, lugares de conexión. Son espacios de captura. Estos sistemas no median con la realidad, sino que la reescriben. Cada imagen publicada no refleja el mundo; lo crea. Cada algoritmo no registra comportamientos; los anticipa, los dirige.

Las redes sociales no son plataformas de comunicación; son cámaras de inducción hipnótica masiva perfectamente diseñadas. Cada elemento está calibrado para producir y mantener estados de control a través de contenidos virales. La viralidad no es un fenómeno espontáneo, sino una forma de contagio hipnótico; y los memes no son chistes, sino vectores de sugestión que propagan estados alterados de conciencia a través del tejido social digital. Toda tendencia es, en definitiva, una ola de trance colectivo que se autoperpetúa sin solidificarse nunca.

La hipnocracia, en efecto, no construye un arsenal realmente definitivo. No crea ideologías. Satura. Su método no es censurar, sino sobrecargar. La disidencia no se reprime: se integra, se neutraliza, se absorbe. Cada crítica se convierte en parte del flujo, en una narrativa entre muchas. Cada oposición refuerza el sistema y se transforma en una confirmación más de su totalidad.

La frontera entre realidad e ilusión se ha roto. La hipnocracia no se limita a construir mentiras: redefine lo que se puede percibir.

Cada gesto, cada pensamiento, cada imagen que producimos alimenta el sistema. No somos víctimas: somos cómplices. Cada fragmento de nosotros —cada foto, cada comentario, cada reacción— se convierte en un nodo de la red. La hipnocracia no nos gobierna: nos transforma en parte de sí misma.

Sin embargo, algo queda.

No queda una verdad o una ideología, sino un umbral. Un punto de conciencia que se resiste al flujo. No se trata de despertar, porque el sueño no puede interrumpirse. Y nadie puede garantizar que uno no esté simplemente soñando con despertarse. Se trata más bien de aprender a navegar por los ritmos del trance, manteniendo un núcleo de lucidez palpitante y rebelde en el corazón de la alteración.

Lo real, en efecto, ya no es una experiencia. Es una construcción frágil y en reescritura constante. Cada clic, cada desplazamiento, cada gesto cotidiano no es un acto inocente: es, como se ha dicho, una adhesión silenciosa. Sin embargo, es precisamente en esta adhesión donde reside la posibilidad de comprender.

No se lucha contra la hipnocracia: se la observa. Y la observación prolongada abre la posibilidad de un nuevo lenguaje. Un nuevo mapa. No para escapar del régimen hipnótico, sino para navegar por él sin perderse. Sin embargo, para trazar este mapa, para comprender realmente el territorio por el que debemos navegar, no basta con observar el presente. Debemos seguir las huellas que nos condujeron hasta aquí, no para buscar fáciles paralelismos históricos, sino para comprender las rupturas, las mutaciones, los

saltos que generaron nuestra condición. La genealogía de la hipnocracia, en efecto, no es una historia lineal de progreso o decadencia, sino una compleja red de transformaciones que iluminan el presente precisamente mostrando su radical novedad.

4

La formación de la subjetividad en la era hipnocrática

YA NO PODEMOS HABLAR DE UN SUJETO formado a través del diálogo entre individuo y sociedad, ni refugiarnos en las viejas teorías de la construcción de la identidad. En la era de la hipnocracia, el sujeto emerge como una entidad simultáneamente presente y ausente, consciente y en trance, como ser que actúa y que es actuado.

El proceso de subjetivación hipnocrática comienza pronto, a través de lo que podríamos describir como un acoplamiento fundamental con los sistemas digitales. Desde los primeros contactos con las pantallas, el individuo en formación no se ve meramente influido por las tecnologías, sino que entra en una relación simbiótica con ellas, en la que ambas partes se modifican recíprocamente. No se trata de un mero condicionamiento del comportamiento: es una verdadera ingeniería de conciencia compartida en la que el ser humano y la máquina entran en un proceso de definición mutua.

Esta circularidad es fundamental para entender la subjetividad hipnocrática. El sujeto no está siendo manipulado solo desde el exterior; está siendo coproducido en una danza continua de

sistemas algorítmicos que no son meras herramientas, sino auténticos interlocutores en un diálogo existencial. Sus gustos, preferencias e incluso sus reacciones emocionales se modulan y recalibran constantemente en un proceso de retroalimentación que modifica tanto al humano como a la máquina.

La atención, otro pilar de la subjetividad, se fragmenta y reconfigura. El sujeto hipnocrático desarrolla la capacidad de existir simultáneamente en múltiples estados de atención, cada uno calibrado para usarse en una plataforma o contexto específico. No se trata de un estado basado en la multitarea, sino de una verdadera multiplicación de los estados de conciencia. El sujeto aprende a experimentar sus estados emocionales a través del prisma de su cuantificabilidad y compartibilidad.

La corporalidad, tradicionalmente considerada como el último bastión de la experiencia subjetiva directa, también se ve absorbida por esta lógica. Los filtros de realidad aumentada, el seguimiento constante de parámetros biométricos y la gamificación de la experiencia corporal crean un cuerpo-interfaz que existe simultáneamente como materia física y como nodo en una red de diálogos digitales. El sujeto ya no se limita a habitar su cuerpo, sino que lo interpreta a través de una negociación continua con tecnologías que lo miden, representan y modifican. El sujeto hipnocrático es paradójicamente más abierto precisamente porque es más plástico y más adaptable, pues está menos anclado a una única versión de sí mismo.

En este contexto, la resistencia no puede basarse en el intento de recuperar una presunta autenticidad prehipnocrática. Por el contrario, debe surgir de la capacidad de habitar conscientemente

en esta condición de diálogo perpetuo, de desarrollar un metasujeto capaz de observar y navegar por sus múltiples estados conversacionales sin identificarse completamente con ninguno de ellos.

La cuestión de la agencia se vuelve especialmente compleja en este sentido. La acción ya no surge de un sujeto autónomo que decide, sino de una red de diálogos entre estados subjetivos y sistemas algorítmicos. Sin embargo, paradójicamente, es precisamente en esta aparente disolución de la autonomía donde pueden surgir nuevas formas de libertad. El sujeto hipnocrático, precisamente porque es consciente de la naturaleza dialógica de su existencia, puede desarrollar formas más sutiles de resistencia y autonomía.

La subjetividad en la era hipnocrática se caracteriza así por una ambigüedad fundamental: es simultáneamente más frágil y más resistente, más fragmentada y más adaptable, más manipulable y potencialmente más libre. No es ni el sujeto autónomo de la Ilustración ni el deconstruido sujeto de la posmodernidad, sino una entidad conversacional que existe en un estado de diálogo perpetuo con las inteligencias no humanas que cohabitan su espacio existencial.

El reto fundamental para el sujeto hipnocrático no consiste en resistirse a su naturaleza dialógica, sino aprender a navegar conscientemente por la multiplicidad de conversaciones en las que está implicado. No se trata de buscar un núcleo auténtico bajo las capas de mediación algorítmica, sino de desarrollar una forma de presencia que pueda existir precisamente a través y gracias a estos múltiples diálogos, manteniendo al mismo tiempo un núcleo de

lucidez metacognitiva que impida la absorción completa en cualquier conversación particular.

Esta nueva forma de subjetividad requiere el desarrollo de un yo conversacional, capaz de navegar conscientemente entre distintos estados de diálogo y de mantener una forma de presencia lúcida incluso dentro del trance algorítmico.

5

Breve genealogía de la hipnocracia

PARA ENTENDER LA HIPNOCRACIA contemporánea, debemos rastrear sus raíces históricas en Occidente, no para establecer falsas equivalencias con el pasado, sino para iluminar las profundas transformaciones que han conducido al actual régimen de manipulación de la conciencia. La genealogía que proponemos no es lineal ni progresiva, sino que revela una serie de umbrales, rupturas y reconfiguraciones en la relación entre poder, percepción y conciencia colectiva.

Las primeras formas sistemáticas de manipulación de la conciencia colectiva surgen en las civilizaciones antiguas, que estaban inextricablemente entrelazadas con la esfera de lo sagrado. Los templos mesopotámicos no eran meros lugares de culto, sino complejas máquinas perceptivas que orquestaban alteraciones precisas de la conciencia a través de la arquitectura, el ritual y el control. El propio templo funcionaba como un dispositivo de modulación de la percepción: su estructura vertical, sus espacios internos que progresivamente se volvían más oscuros y confinados, la gestión precisa de la luz y la acústica... todo estaba diseñado para

producir estados de conciencia que se salían del día a día de los participantes.

La antigua Grecia desarrolló aún más estas prácticas tan perspicaces, sobre todo en lo referente a los misterios eleusinos. Estos rituales representan quizá el primer ejemplo documentado de manipulación de la conciencia colectiva. Combinando elementos teatrales, sustancias psicoactivas y técnicas de gestión medioambiental precisas, los misterios creaban una experiencia de conciencia colectiva transformadoras que alteraban profundamente la percepción de la realidad de los participantes. Es significativo mencionar que esta alteración fuera temporal y circunscrita, lo que representa una diferencia crucial respecto al régimen actual de trance perpetuo.

El Medievo cristiano introduce nuevas dimensiones en el control de la conciencia colectiva. Las catedrales góticas representan la cúspide de una técnica arquitectónica orientada a la manipulación perceptiva inconsciente. Su vertiginosa verticalidad, el complejo juego de luces a través de las vidrieras, la acústica cuidadosamente calculada... todo contribuía a crear estados alterados de conciencia entre los fieles, que ya no participaban en el ritual, sino que se sometían a su encantamiento. Especialmente relevante fue la introducción de una nueva temporalidad a través del calendario litúrgico. Al alternar periodos de rutina con momentos de intensidad extática, la Iglesia desarrolló un sofisticado sistema de gestión de la atención colectiva que en muchos aspectos prefigura la actual economía digital de la atención.

La modernidad emergente fue testigo de una secularización crucial de las técnicas de manipulación de la conciencia. El mesmerismo del

siglo XVIII representó un momento clave en esta transición: por primera vez, las técnicas de alteración de la conciencia se separaron del contexto religioso y se teorizaron en términos pseudocientíficos. Con su teoría del «magnetismo animal», Franz Anton Mesmer intentó racionalizar y sistematizar prácticas que hasta entonces habían permanecido en el ámbito de lo sagrado. Aunque sus teorías serían desacreditadas, el mesmerismo abrió el camino a una comprensión secular de los estados alterados de conciencia.

En el siglo XIX se produjeron dos avances cruciales que prepararían el terreno para la hipnocracia contemporánea. El primero fue el nacimiento de la hipnosis clínica con James Braid, que por primera vez proporcionó un marco científico para comprender e inducir estados alterados de conciencia. El segundo fue el desarrollo de las primeras formas de publicidad y propaganda de masas modernas. Estas dos corrientes —el control científico de la conciencia individual y la manipulación sistemática de la percepción colectiva— convergerían en el siglo XX de forma inesperada.

En efecto, el siglo XX representó un punto de inflexión decisivo. La aparición de los medios de comunicación electrónicos —la radio y la televisión en particular— creó por primera vez la posibilidad de una sincronización perceptiva a escala nacional y luego mundial. Pero, por encima de todo, fue el desarrollo de las técnicas de publicidad y propaganda lo que marcó una ruptura decisiva. Edward Bernays, sobrino de Freud y padre de las relaciones públicas modernas, combinó los conocimientos psicoanalíticos con las técnicas de manipulación de la opinión pública, creando así un nuevo paradigma de control de la conciencia colectiva.

Durante la Guerra Fría se intensificó aún más esta dinámica. Programas de investigación sobre la manipulación de la conciencia, como el infame proyecto de la CIA llamado MKUltra (tan increíble que parece una teoría de la conspiración), exploraron sistemáticamente los límites del control mental. Paralelamente, la televisión comercial perfeccionó técnicas cada vez más sofisticadas de captación y mantenimiento de la atención. La publicidad televisiva, en particular, desarrolló un lenguaje hipnótico de repeticiones, choques emocionales y sugerencias subliminales que, en muchos sentidos, anticipó las estrategias actuales de los medios sociales.

Las décadas de 1960 y 1970 vieron surgir una dialéctica peculiar: mientras los movimientos contraculturales exploraban los estados alterados de conciencia como formas de liberación, el sistema capitalista empezó a incorporar estas mismas técnicas con fines comerciales. La psicodelia fue gradualmente domesticada y mercantilizada; pasó de ser una herramienta de liberación a una de control, y se convirtió en un proceso que anticipó el modo en que la hipnocracia contemporánea absorbe y neutraliza las formas de resistencia.

La llegada de la tecnología digital en la década de 1990 marcó el inicio de la transición al actual régimen hipnocrático. Las primeras comunidades en línea, los juegos, la realidad virtual, etc. empezaron a redefinir radicalmente la relación entre conciencia, percepción y realidad. Pero fue sobre todo el desarrollo de las redes sociales a principios de la primera década del siglo XXI lo que marcó una ruptura decisiva con el pasado. Por primera vez fue posible no solo

influir, sino también controlar y modular los estados de conciencia de miles de millones de personas a tiempo real.

Así pues, la hipnocracia contemporánea representa tanto una continuidad como una ruptura con esta larga historia de herramientas para manipular la conciencia. Continúa e intensifica antiguas prácticas de manipulación perceptiva, pero las reconfigura en formas radicalmente nuevas mediante la automatización algorítmica y la personalización masiva. La verdadera novedad no reside tanto en las técnicas específicas de alteración de la conciencia —muchas de las cuales tienen precedentes históricos— como en su aplicación continua, automatizada y personalizada.

Lo que distingue al actual régimen hipnocrático de sus predecesores históricos es, sobre todo, su omnipresencia y permanencia. Mientras que los sistemas anteriores operaban en momentos y espacios definidos —el templo, la catedral, el ritual, el programa de televisión—, la hipnocracia digital funciona veinticuatro horas al día, siete días a la semana, penetrando así en todos los aspectos de la vida cotidiana. Ya no hay espacios ni tiempos fuera de la manipulación: el trance es el estado normal de la existencia. La omnipresencia temporal se traduce en omnipresencia espacial: como un gas que ocupa todo el volumen disponible, la influencia hipnocrática se infiltra en los más mínimos intersticios de la sociedad. Ya no se limita a rituales o momentos predeterminados; esta fuerza invisible impregna cada gesto, cada pensamiento, cada respiración. El poder ya no reside en un lugar concreto, en un palacio o en una institución: está en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, como una niebla que envuelve silenciosamente todos los aspectos de la existencia.

6

Arquitecturas de la sugestión

LA HIPNOCRACIA NO GOBIERNA.

No hay centro ni autoridad visible. Es un régimen que se expande mediante la ocupación: se toma cada espacio, se llena cada pausa, se absorbe cada fragmento de realidad. Sus estructuras no se elevan: fluyen, se mueven, se transforman. Son arquitecturas invisibles, construidas no con ladrillos ni cemento, sino con narraciones, imágenes y deseos. Vivimos inmersos en una hipnosfera, un entorno que envuelve toda percepción, donde todo se refleja infinitamente en una red de significados que no podemos distinguir.

Esta no es una era de control directo. Es una era de manipulación sutil en la que el poder no se manifiesta a través de la fuerza, sino de la seducción. La narrativa no dicta reglas, susurra posibilidades. Cada imagen, cada sonido, cada palabra se posiciona como la tésera de un mosaico hipnótico. La repetición es su arma más poderosa; no porque coaccione, sino porque atrapa.

Los algoritmos no registran la realidad, la anticipan. El paisaje en el que reina la hipnocracia es un desierto perceptivo en el que todo

está diseñado para parecer necesario, pero nada es realmente esencial. Las imágenes ya no se limitan a mostrar, sino que encantan. Prometen, pero no cumplen. A través de esta saturación, la percepción se altera y se fragmenta hasta disolverse.

Sin embargo, el sistema es fluido. No crea estructuras sólidas, sino ecosimulaciones, reflejos que generan nuevos reflejos. Cada narración se superpone a otra y crea un flujo incesante en el que nada es estable.

Trump y Musk son los profetas de este régimen. No son simples figuras de poder: son dispositivos narrativos. Sus narrativas no buscan la verdad, sino el asombro. Juzgan la metafísica una rama de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es más que la subordinación de todos los aspectos del universo a cualquiera de esos aspectos. No pretenden convencer, sino encantar.

La característica más llamativa de ambos es su sinceridad hipnótica. No son simples manipuladores: son los principales y más devotos creyentes de sus propios hechizos. Trump no miente en el sentido convencional: habita de verdad la realidad alternativa que genera. Cuando niega la evidencia más flagrante, lo hace desde un estado de trance tan profundo que redefine la propia naturaleza de la verdad.

De igual modo, Musk no es, simplemente, un vendedor de humo: está genuinamente inmerso en sus visiones tecnoutópicas. Su capacidad para quemar miles de millones de dólares en proyectos aparentemente irrealizables deriva precisamente de este trance visionario autoinducido que luego contagia a inversores y

seguidores. De esta forma, los dólares, igual que ocurre con los manuscritos, no se queman. Ambos han perfeccionado el arte de manipular el capital libidinal contemporáneo. Trump, como hemos visto, cabalga y amplifica impulsos regresivos: la nostalgia por un pasado imaginario, el miedo al otro, el deseo de simplificación. Su hipnosis opera a través de la liberación controlada de energías reprimidas. Musk, en cambio, moviliza impulsos progresistas incluso en los conservadores, como el deseo de trascendencia tecnológica, la huida de la finitud humana o el entusiasmo por lo nuevo. Su hipnosis opera a través de la sublimación tecnocrática de las ansiedades existenciales.

En este sentido, ambos constituyen una mutación fundamental en la naturaleza del poder. Su poder no deriva de la fuerza ni de la racionalidad de sus argumentos, sino de su capacidad para generar y mantener campos hipnóticos.

Su irracionalidad funcional —los mensajes delirantes de Trump, las promesas imposibles de Musk— no es un defecto, sino una característica que sirve para desestabilizar los parámetros normales de racionalidad, creando así espacio para nuevas formas de sugestión. El éxito de los dos revela así un aspecto fundamental de la hipnocracia: la naturaleza recíproca del trance. No se trata de una simple relación entre hipnotizador e hipnotizado, sino de un campo de resonancia donde los estados alterados se alimentan y se amplifican mutuamente. Las reacciones de los seguidores refuerzan el trance de los líderes, que, a su vez, intensifican y amplían el trance colectivo.

Esto explica por qué los planteamientos basados en la racionalidad o la argumentación lógica caen en saco roto: un campo hipnótico no

puede disiparse por la simple fuerza de la lógica, del mismo modo que no se puede despertar a alguien del trance diciéndole que está durmiendo. Trump y Musk no son individuos carismáticos sin más, sino nodos de condensación de un nuevo sistema de poder. La hipnocracia que encarnan no es una aberración temporal, sino la evolución lógica del capitalismo en la era de la conciencia mediada a través de lo digital.

La aparente oposición de estas dos figuras —las políticas regresivas de Trump frente al progresismo de Musk— representa la base de una profunda complementariedad: son las dos caras de un sistema que opera mediante la modulación de los estados de conciencia colectivos que oscila entre la nostalgia de un pasado imaginario y la anticipación de un futuro imposible. En el campo hipnótico generado por ambos, los seguidores nunca son meros receptores pasivos. Son activos cocreadores de un estado alterado de conciencia colectiva que se autoperpetúa y se expande a través de complejas dinámicas de resonancia. Son teóricos de la conspiración vivos en un mundo de realistas muertos.

Tomemos el fenómeno de los mítines MAGA. Cuando Trump hace una de sus declaraciones obviamente falsas, no está mintiendo; está orquestando un ritual colectivo en el que los presentes participan activamente en la construcción de una realidad alternativa. Los gritos, los cánticos, los gestos de la multitud no son reacciones, sino elementos constitutivos del campo hipnótico. La masa entra en un estado alterado que luego retroactúa sobre el líder, empujándolo con más fuerza hacia su propio trance. Trump suele empezar sus discursos con una contención relativa, pero la energía de la multitud lo arrastra progresivamente a estados cada vez más alterados. Sus

famosas digresiones y obsesivas repeticiones no son defectos de su discurso, sino síntomas de un estado de trance mutuamente alimentado.

Con Musk, en cambio, la dinámica se desarrolla principalmente en el espacio digital, pero sigue pautas similares. Cuando anuncia otro proyecto aparentemente imposible —ya sea la colonización de Marte, la fusión entre cerebro-ordenador o el fin del movimiento woke— sus seguidores no se limitan a creer: inmediatamente empiezan a elaborar y enriquecer su visión. A través de miles de mensajes, vídeos y debates, amplían y densifican el campo hipnótico. Esta elaboración colectiva tiene efecto sobre Musk y lo empuja a producir visiones cada vez más grandiosas. Se crea así un ciclo de retroalimentación en el que la hipnosis se perpetúa a sí misma. Cuanto más audaces son las promesas, más intensa es la respuesta de los seguidores, lo que a su vez estimula aún más las promesas visionarias. En ambos casos, las redes sociales sirven como amplificadores y aceleradores de estos ciclos hipnóticos. No son meras herramientas de comunicación, sino cámaras de resonancia en las que los estados alterados se propagan y se intensifican. Cada repost, cada like, cada comentario es un pequeño acto de refuerzo del gran campo hipnótico.

Los críticos que intentan desmontar racionalmente las declaraciones de Trump o las promesas de Musk no entienden que no están luchando contra simples falsedades, sino contra estados de conciencia colectiva. Sus críticas acaban reforzando el campo hipnótico: cada ataque se reintegra en la narrativa como confirmación de su propia verdad.

Los seguidores desarrollan así una especie de inmunidad hipnótica a las contradicciones. Las contradicciones más evidentes, como hemos visto, son las que más refuerzan el trance: cuanto más desafía una afirmación la realidad consensuada, requiere de más fuerza para ser aceptada. Las famosas palabras «me encantan los mal educados» de Trump o el «financiación asegurada» de Musk no son meteduras de pata, sino poderosos inductores del trance, precisamente porque requieren una suspensión completa del juicio crítico.

Sin embargo, esta estructura presenta fisuras. Si todo es percepción, entonces la percepción puede manipularse. Si todo es narrativa, entonces toda narrativa puede descodificarse. La clave no es oponerse: es observar y comprender. En la saturación total se abre un umbral crítico, una brecha que puede ser habitada. La hipnocracia no puede ser derrotada. No porque sea invencible, sino porque es un flujo. Su fuerza reside en su capacidad de mutar, de adaptarse, de incorporar todo lo que intenta resistirse a ella. Pero, precisamente por eso, todo intento de comprenderlo deja una huella, una posibilidad. No de libertad, sino de lucidez.

Vivimos en el reino de los reflejos, un paisaje sin sustancia donde lo real nunca está ausente, pero tampoco está completamente presente. Toda narración es una promesa de verdad, pero ninguna consigue mantenerse al mando durante mucho tiempo. La única verdad de la hipnocracia es que no hay verdad.

No hay que confiar en el despertar, sino en la posibilidad de permanecer vigilante en medio del trance.

7

Intimidad algorítmica

A TRAVÉS DE LAS MACROARQUITECTURAS del control social, el sistema hipnocrático se insinúa en las microestructuras de la experiencia personal. No se contenta con modelar los espacios públicos: coloniza las esferas más íntimas de la existencia. El algoritmo ya no es solo una herramienta de manipulación masiva, sino un confidente silencioso que susurra directamente al oído de cada individuo, personalizando la sugestión hasta hacerla indistinguible de nuestros deseos más profundos.

El aspecto más insidioso de la hipnocracia no es su control de la esfera pública, sino su infiltración en nuestro espacio íntimo. Hemos entrado en una era en la que cuanto más privadas son nuestras experiencias, más mediadas, moldeadas e incluso creadas están por procesos algorítmicos. No se trata simplemente de vigilancia; es una producción algorítmica de la intimidad.

Las aplicaciones de citas no se limitan a conectar a las personas, sino que modifican nuestra forma de sentir la atracción, el deseo y el amor. Cada deslize del dedo a través de la aplicación no es una mera elección: es un acto que nos entrena a experimentar la intimidad

como una serie de decisiones binarias. El algoritmo no se limita a ponernos en contacto con otras personas, sino que nos enseña cómo y qué desear, y cómo parecer deseables. Nuestros sentimientos más íntimos se reformatean silenciosamente para adaptarse a la lógica de la optimización algorítmica.

Las redes sociales han transformado la amistad en una métrica cuantificable. Vivimos nuestras relaciones a través de la lente de las métricas. No solo actuamos para el algoritmo, sino que interiorizamos su lógica hasta que nuestras respuestas emocionales se alinean perfectamente con sus parámetros. Incluso nuestros momentos privados de reflexión han sido colonizados. Las aplicaciones de meditación convierten en un juego la atención plena. Las aplicaciones de seguimiento del estado de ánimo reducen nuestro paisaje emocional a entradas de datos. El algoritmo promete ayudarnos a entendernos mejor, pero para ello elimina todo lo que no se puede cuantificar. Para poder comprendernos, nos mutilamos. Nos experimentamos como si fuéramos un conjunto de métricas que se pueden optimizar. Y nuestra vida interior se reestructura según la lógica de la optimización.

El poder de la intimidad algorítmica reside en su capacidad para hacer que esta mediación parezca natural, incluso necesaria. Ya no nos damos cuenta de la capa que da forma a nuestras experiencias íntimas. La interfaz se ha vuelto invisible y la lógica artificial se ha convertido en nuestra lógica. Empezamos a pensar en términos de optimización, compromiso y métricas incluso en nuestros momentos más íntimos.

Así es como la hipnocracia logra su victoria más profunda: no controla nuestro comportamiento público, sino que remoldea nuestra

intimidad, eliminando ese elemento monstruoso, aberrante, retorcido e inhumano que es la esencia del ser humano.

Sin embargo, esta totalidad contiene las semillas de su propia desintegración. Cuanto más se completa la mediación algorítmica, más evidentes se hacen sus fallos. Los momentos de conexión genuina —desperdiciados, desaprovechados y sin mediar— adquieren una cualidad revolucionaria. Y, al igual que una perla es el resultado de un acontecimiento patológico de una ostra cuando un cuerpo extraño como un grano de arena o un parásito entra accidentalmente en la concha e irrita su manto, estos momentos de desorden generan una joya oculta en nuestro interior. Los fallos de la intimidad algorítmica ofrecen la oportunidad de generar espacios de auténtica incertidumbre, ineficacia y desorden en nuestras vidas íntimas.

8

Simulación total

DE LA INTIMIDAD MEDIADA por los algoritmos se abre el abismo de la simulación completa. Cuando hasta los espacios más privados han sido colonizados, cuando toda experiencia íntima ha sido digitalizada y optimizada, todo pasa a formar parte de un espejismo recursivo sin fin. No hay muros ni fronteras. No se perciben direcciones precisas. Es una realidad vaporosa, donde cada elemento se dispersa, se modifica, se superpone. Nada es estático, nada es permanente. Nada permanece bajo control durante mucho tiempo. Esto no es un defecto del sistema: es su secreto. La desestabilización continua es el fundamento mismo del poder.

Cada acontecimiento, cada imagen, cada palabra forma parte de un mecanismo que no se limita a representar la realidad: la sustituye. La simulación ya no imita lo real, la precede. Le da forma. Toda narración se convierte en real simplemente porque, en un momento determinado y solo en ese momento, se percibe como tal. No importa si algo es verdad: lo que importa es que se crea.

Si la distinción entre verdadero y falso ha perdido todo el sentido, vivimos en el intersticio de infinitas narrativas simultáneas que

compiten, en el que todas chocan en un equilibrio inestable. Las plataformas digitales no se limitan a distribuir contenidos: producen múltiples realidades, que a menudo resultan ser incompatibles pero igualmente poderosas. El sistema no busca ser coherente; se nutre de la confusión.

Esta ambigüedad estructural es lo que hace que la simulación total sea tan eficaz. Nunca se presenta como un régimen narrativo único, sino como un universo de posibilidades. La realidad se ha atomizado en fragmentos que se superponen, se contradicen y, en última instancia, se anulan mutuamente. Este flujo infinito no da lugar a la crítica, pues no hay nada estable que criticar. Toda idea fija se disuelve en el mismo momento en que se identifica.

El auge de las plataformas de vídeo de formato corto ha introducido lo que podríamos llamar un scroll informativo. Son estilos visuales optimizados no para las preferencias humanas, sino para la distribución algorítmica. Los vídeos adoptan ritmos, transiciones y ganchos visuales específicos que funcionan bien con los algoritmos de recomendación. El ojo humano ya no es el público principal; lo es el algoritmo. Estamos viendo contenidos optimizados para que las máquinas desplieguen la realidad.

La estética corporativa se ha adaptado a este nuevo régimen. Consideremos la reciente tendencia del diseño corporativo «amistoso»: fuentes redondeadas, colores juguetones, lenguaje desenfadado. Esta estética intenta enmascarar la fría lógica del capitalismo de vigilancia tras una fachada de accesibilidad. Es el equivalente visual de la frase «nos preocupamos por su privacidad» que acompaña a las prácticas invasivas de recopilación de datos.

El paisaje sonoro de la hipnocracia también merece especial atención. Los sonidos de las notificaciones están cuidadosamente diseñados para desencadenar respuestas dopaminérgicas. Las canciones de las plataformas de streaming se convierten en activadores pavlovianos. El creciente uso de audios de inicio automático, especialmente en vídeos cortos, crea un fondo constante de ruido algorítmico. El silencio es el enemigo.

Este régimen estético contiene sus propias contradicciones. Cuanto más se optimizan estos modelos, más empiezan a crear una especie de fatiga estética. Los usuarios desarrollan ceguera no solo ante los anuncios, sino ante sistemas enteros. La escalada constante de técnicas de captación de la atención conduce a rendimientos atencionales decrecientes, que requieren estrategias cada vez más agresivas.

Esta carrera armamentística señala una vulnerabilidad fundamental del sistema. Cuanto más refinadas se vuelven estas técnicas, más visible es su artificialidad. Empiezan a verse las costuras. Y en estos puntos de sutura —en los momentos de fracaso o agotamiento— podemos encontrar oportunidades para hallar otras formas de ver.

El reto no consiste en crear una estética «alternativa»; como ya habrá quedado claro, cualquier intento de este tipo sería rápidamente absorbido y mercantilizado. En lugar de ello, quizá necesitemos desarrollar lo que podríamos llamar una «cultura del umbral»: formas de ver y mostrar que revelan los mecanismos de captación de la atención al tiempo que crean un espacio para escapar de las realidades.

Esto significa aceptar los fallos, los retrasos y los fracasos no como errores, sino como características potencialmente fértiles. Significa aspirar y perseguir lo inesperado, el fallo, el demonio, el error a través de prácticas estéticas que superen indemnes la optimización algorítmica.

La estética de la resistencia a la hipnocracia no puede ser bella en el sentido ordinario: la propia belleza se ha transformado en un arma de opresión. Pero el abuso de la belleza dilata la ficción con la ilusión de reducirla a cero. Cuanto más se reproduce la belleza, menos atractiva resulta la simulación. Nos encontramos, por tanto, en un estado paradójico de saturación y agotamiento simultáneos. Y esta dinámica puede ser nuestra oportunidad.

La simulación no es nuestro enemigo: es nuestro entorno. Podemos aprender a navegar por sus corrientes, encontrando alientos en sus profundidades. Eso sí, siempre que comprendamos lo que puede significar actuar hoy.

9

La ilusión de la acción

SI LA SIMULACIÓN TOTAL DEFINE el paisaje de la hipnocracia, la ilusión de la acción es su motor. Vivimos en una época en la que cada gesto parece cargado de significado, ya que siempre está destinado a representar un intenso símbolo de participación, un testimonio de nuestra gran implicación. La ilusión de acción es el mecanismo a través del cual el sistema asegura su propia perpetuación y ofrece la sensación de movimiento sin un desplazamiento real.

La arquitectura de las plataformas contemporáneas ha perfeccionado esta ilusión. Consideremos la anatomía del activismo digital: surge una crisis, proliferan los hashtags, cambian las imágenes de perfil, circulan las peticiones. Cada participante siente que está contribuyendo a un movimiento, que forma parte de un impulso colectivo hacia el cambio. Pero esta actividad frenética a menudo acaba neutralizando la verdadera energía política, y transforma las demandas urgentes de cambio sistémico en gestos performativos y estériles que se agotan en su propia ejecución.

No se trata de una conspiración, sino de una característica de diseño. Las plataformas no tienen por qué suprimir activamente la

disidencia; solo deben canalizarla hacia formas de expresión que no representen una amenaza para las estructuras de poder existentes. El acto de compartir las apasionantes publicaciones de otros en las historias de uno mismo es un gesto de autoabsolución que libera tensiones políticas a la vez que genera métricas de participación. El espíritu revolucionario se transforma en contenido, y el contenido alimenta a la máquina.

Tomemos como ejemplo el movimiento Black Lives Matter o el activismo climático: movimientos nacidos de la auténtica rabia y de una petición de cambio estructural, ambos absorbidos en gran medida por la economía de la atención. Las cuentas corporativas publican cuadros negros o promesas verdes, los activistas se convierten en influencers y las reivindicaciones radicales se transforman en narrativas consumibles. El sistema no teme estas expresiones; las acoge como motores de compromiso.

La genialidad de este mecanismo reside en su capacidad para hacernos sentir poderosos e impotentes al mismo tiempo. Cada post sobre la injusticia o la catástrofe climática, cada artículo compartido sobre la corrupción sistémica ofrece una sensación momentánea de poder y consuelo. Sentimos que estamos «concienciando», «mostrando solidaridad», «diciéndole la verdad al sistema». Pero esta aparente agencia digital es un sustituto de la acción material, lo que crea una paradoja del activismo: cuanto más invertimos en el activismo en línea, menos probable es que nos impliquemos en formas de resistencia que realmente podrían amenazar las estructuras de poder.

Esto no significa abandonar por completo la organización digital; la Primavera Árabe y otros movimientos han demostrado cómo las

redes sociales pueden, de hecho, facilitar una acción política genuina. Pero existe una distinción crucial entre utilizar las herramientas digitales para apoyar la organización material y permitir que los gestos digitales se conviertan en su sustituto. El sistema está encantado de albergar debates infinitos sobre la revolución, siempre que se mantengan dentro de los parámetros que él mismo define.

El impacto de todo esto en la conciencia individual es profundo. Desarrollamos una política de desplazamiento infinito, un estado en el que estamos continuamente informados sobre injusticias, pero cada vez más alejados de las formas de combatirlas materialmente. Sabemos más que nunca lo que está mal en el mundo, pero este conocimiento nos lleva a la parálisis en lugar de a la acción.

Más insidiosa es aún la ilusión de la acción que ha colonizado nuestras vidas personales. Pensemos en la proliferación de aplicaciones de productividad, rastreadores de hábitos y plataformas de bienestar. Cada una de ellas ofrece una promesa de transformación a través de gestos digitales mínimos: contar nuestros pasos, registrar las comidas, meditar cinco minutos. Crean la ilusión de un cambio de vida significativo mientras mantienen los patrones existentes. Nos empujan a confundir el seguimiento de la vida con un cambio de vida. La ilusión de la acción se refuerza a sí misma: el mero hecho de reconocer sus garras se convierte en una forma de pseudoacción. También lo es escribir sobre ello en un libro.

De la parálisis de la acción auténtica surge una nueva estética de la performance perpetua. Si todo gesto real se neutraliza en su traducción en contenido, el sistema desarrolla inevitablemente su propio lenguaje visual, una gramática de la seducción que

transforma toda resistencia en espectáculo. El poder de la hipnocracia no solo reside en lo que muestra, sino en cómo lo muestra. Su estética no es meramente decorativa: es funcional, y está diseñada para captar y mantener la atención a través de específicos desencadenantes visuales y emocionales. Es una estética del compromiso sin fricciones, en la que cada elemento está optimizado no para la belleza o la verdad, sino para captar la atención al máximo.

Las interfaces de las plataformas han evolucionado para crear trampas de atención, patrones de diseño que explotan las vulnerabilidades cognitivas humanas. El gesto de refrescar imita la mecánica de las máquinas tragaperras, al igual que estas imitan el acto de lanzar una caña de pescar, con la anticipación, el chasquido y la esperanza de capturar algo de valor, generando una sensación de anticipación del deseo y recompensa potencial. Es significativo cómo las interfaces digitales han heredado estos patrones no directamente de la naturaleza, sino a través de la mediación de las máquinas de juego, que ya habían optimizado estos mecanismos para maximizar el compromiso de las personas. En esencia, las plataformas han digitalizado un sistema ya probado de dependencia del comportamiento.

Del mismo modo, los vídeos que se inician automáticamente eliminan la microdecisión de comprometerse o no con el contenido. Las historias crean un efecto de túnel visual infinito, y eliminan temporalmente el resto de estímulos. No son temas relacionados con el diseño: son armas estéticas en la batalla por la atención que moldean activamente el comportamiento del usuario.

La estética de los influencers en las redes sociales revela otra dimensión del diseño hipnocrático. La meticulosamente «autenticidad» curada, la informalidad y los momentos precisamente imperfectos crean una estudiada estética de intimidad sintética que reconoce su propia artificialidad al tiempo que insiste en su certeza emocional. El resultado es un nuevo tipo de realidad escénica que no es ni verdadera ni falsa. Simplemente es atractiva. A esta estética se le incluye, incluso, la resistencia. «Minimalismo digital», «contenido auténtico», «fotos sin filtros» son alternativas que se asimilan y mercantilizan de inmediato.

10

La economía de la anticipación

EN EL CENTRO DE LA HIPNOCRACIA se encuentra un poderoso motor: la manipulación de la anticipación. Se trata de ingeniar un estado perpetuo de expectación que nunca llega a la satisfacción. El sistema mantiene su poder no satisfaciendo los deseos, sino manteniéndolos en un estado constante de cuasisatisfacción.

Pensemos en la arquitectura de expectación que rodea el lanzamiento de cualquier producto tecnológico. Empresas como Apple y Tesla dominan lo que podríamos denominar ingeniería del deseo: la cuidadosa orquestación de filtraciones de información, insinuaciones y promesas que crean un estado de expectación perpetua. Los productos reales pasan a un segundo plano frente a la economía de expectación que generan.

Elon Musk representa la apoteosis de esta dinámica. Sus promesas no funcionan como objetivos concretos, sino como anclas de atención. El flujo continuo de predicciones audaces sirve para mantener un estado de anticipación sostenida. Que estas promesas se materialicen es irrelevante; su función es mantener el deseo en

circulación y mantener el compromiso mediante una llegada casi alcanzada perpetuamente.

Los mecanismos de las redes sociales han perfeccionado esta economía de la anticipación a nivel micro. El ligero retraso antes de actualizar un feed, los tres puntos que indican que alguien está escribiendo, la notificación que aparece pero requiere un clic para revelar su contenido... todo esto no son necesidades técnicas, sino momentos de anticipación cuidadosamente contruidos. Cada uno crea un pequeño circuito de dopamina, un momento de expectación que nos mantiene apegados no al contenido, sino a la posibilidad del contenido.

Las aplicaciones de citas ofrecen quizá la expresión más pura de esta dinámica. No venden relaciones, sino la posibilidad perpetua de relacionarse. Cada vez que un usuario desliza la pantalla significa un momento de anticipación, cada coincidencia una microdosis de potencialidad. La conexión real pasa a un segundo plano frente al ciclo adictivo de posibilidad y anticipación. El sistema funciona mejor cuando mantiene a los usuarios en un estado de cuasiconexión permanente.

Incluso los movimientos políticos han sido capturados por esta economía. El populismo contemporáneo opera no a través de políticas concretas, sino a través de la promesa de triunfo o la amenaza de catástrofe inminente. Tanto el «Yes, we can» de Obama como el «Make America Great Again» de Trump funcionan como perfectos motores de anticipación; prometen un retorno a un tiempo imaginado que siempre está a punto de llegar pero que nunca se alcanza. La gobernanza real pasa a ser secundaria para mantener este estado de expectativa suspendida.

El fenómeno de las criptomonedas demuestra cómo sistemas económicos enteros pueden basarse en la anticipación. La volatilidad de los precios, las promesas de una ganancia masiva de dinero inminente y la anticipación constante alrededor de la próxima gran innovación crean una economía en la que la especulación y la anticipación son indistinguibles. La utilidad real de la tecnología pasa a un segundo plano frente a su función como motor de anticipación.

El bombo publicitario en torno a la IA sigue un guion previsible: cada nuevo avance no se celebra por lo que realmente representa, sino por lo que se presume que anuncia. Vivimos en una tensión perpetua, suspendidos a la espera de un punto de inflexión de la inteligencia artificial general, un acontecimiento revolucionario que siempre parece al alcance de la mano pero que nunca se alcanza del todo. Las capacidades reales de los sistemas de IA pasan a ser menos importantes que su papel en el mantenimiento de este estado de perpetua expectación, que sirve a quienes recaudan enormes fondos para «proteger» a la humanidad (de sí mismos).

A diferencia del deseo tradicional, que corre el riesgo de decepcionarse tras la satisfacción, la anticipación ingeniada se autoperpetúa. Cada cuasisatisfacción no conduce a la satisfacción, sino a una anticipación renovada. El sistema crea bucles infinitos de deseo: ciclos de expectativas que no tienen un final natural.

Esta economía de la anticipación provoca profundos efectos psicológicos. Nos encontramos en un estado constante de excitación de bajo grado, siempre a la espera de algo que nunca llega del todo. El momento presente se devalúa, se vive como si fuera la sala de espera de un futuro imaginado.

La verdadera satisfacción resulta cada vez más difícil de reconocer o experimentar. La economía de la atención se transforma así en una economía de la anticipación, y el contenido pasa a ser menos importante que su promesa de futuro. Las experiencias se evalúan no por sí mismas, sino por su potencial para conducir a otras experiencias.

11

La memoria en la era del presente infinito

LA MEMORIA HA SIDO COLONIZADA. No borrada ni suprimida, sino transformada en algo más insidioso: una base de datos de momentos descontextualizados, lista para ser re combinada y reutilizada siguiendo una lógica algorítmica. No se trata de una educación basada en el olvido; es la transformación de la memoria de la experiencia vivida en un recurso manipulable.

Consideremos cómo las redes sociales han secuestrado la función de la memoria. Los «Recuerdos» de Facebook o los «Un día como hoy» de Instagram no sirven para preservar nuestro pasado, sino para transformarlo en contenido que vuelve a circular. Nuestros momentos pasados se someten a métricas de participación, y su valor no se mide según su resonancia emocional sino según su potencial para que se vuelva viral. La arquitectura de la memoria digital crea lo que podríamos denominar nostalgia algorítmica: un anhelo sintético de momentos significativos altamente optimizados.

Esta transformación va más allá de la memoria personal. Los acontecimientos históricos se viven cada vez más como fragmentos de contenido a la deriva. Momentos que cambiaron el mundo se reducen a memes compartibles, historias complejas se convierten en clips virales, la tragedia se convierte en trending topic. El pasado pierde su peso, su contexto, su capacidad de enseñar. Se convierte en una ola más del flujo infinito.

Este flujo infinito de contenidos remezclados en TikTok representa, quizá, la expresión más pura de este nuevo régimen de la memoria. Filmaciones históricas, momentos personales, artefactos culturales: todo se remezcla en una máquina en la que el contexto se vuelve irrelevante y todo existe en un eterno presente algorítmico. El pasado se convierte en materia prima para la creación de contenidos y no en fuente de comprensión o reflexión.

Nuestras herramientas de grabación también se han visto comprometidas. La cámara del smartphone, nuestro principal instrumento para capturar recuerdos, no se limita a grabar: optimiza. Cada foto se mejora automáticamente, cada momento se filtra automáticamente. No preservamos la realidad, sino que creamos versiones optimizadas, diseñadas para su futuro uso en las redes sociales. La memoria se cura preventivamente para su futura audiencia.

El fenómeno del síndrome del protagonista, en el que los individuos narran sus vidas a tiempo real para las redes sociales, representa una nueva relación con la memoria: el presente no se vive como algo que hay que experimentar, sino como algo que hay que recordar, compartir y optimizar para futuros compromisos. No creamos recuerdos para nosotros, sino para nuestros seguidores.

Este régimen de memoria algorítmica tiene profundas implicaciones para la formación de la identidad. Si nuestros recuerdos se trabajan cada vez más a través de algoritmos, se moldean con métricas de participación y se optimizan para ser compartidos, ¿qué ocurre con nuestro sentido del yo? Asumimos una «personalidad de plataforma»: una identidad construida no a través de la reflexión y la experiencia genuinas, sino mediante la acumulación de momentos optimizados algorítmicamente.

Las implicaciones políticas son igual de graves. Sin acceso a una auténtica memoria histórica, las sociedades pierden la capacidad de aprender del pasado. Todo se vuelve presente, todo se vuelve contenido, todo se vuelve equivalente. Atrocidades históricas, movimientos sociales, transformaciones culturales: todo queda relegado al plano de la relevancia algorítmica.

Sin embargo, dentro de este sistema de memoria colonizado, persisten rastros residuales. Los recuerdos reales —desordenados, contextuales, personales— sobreviven bajo la superficie algorítmica. Estas huellas podrían ofrecer una forma de resistencia al régimen de recuerdo optimizado. Son recuerdos oscuros, experiencias que se resisten a la captura digital, momentos que no pueden optimizarse para ser compartidos, sentimientos que no se traducen en contenido.

El reto, por tanto, no es rechazar por completo la memoria digital, ahora demasiado arraigada en nuestras vidas. Más bien, necesitamos desarrollar una resistencia mnemotécnica; una práctica del recuerdo que mantenga su integridad incluso dentro de los espacios digitales. La batalla por la memoria en la era de la hipnocracia no consiste en conservarlo todo, sino en mantener la

capacidad de olvidar, de mantener una relación erótica con el pasado.

Habitamos una era que podría denominarse «era de las plataformas»: un peculiar régimen temporal en el que pasado, presente y futuro existen simultáneamente como flujos de contenido, cada uno igual de inmediato, igual de distante. No se trata de una mera aceleración ni desaceleración del tiempo, sino de una reestructuración fundamental del tiempo en algo más manipulable y, en última instancia, más rentable.

La obsesión de Silicon Valley por la disrupción revela otro aspecto de este colapso temporal. El futuro ya no se imagina como una evolución natural del presente, sino como una serie de interrupciones violentas. Cada disrupción promete cambiarlo todo; paradójicamente, estas revoluciones constantes empiezan a parecer rutinarias. Vivimos en una interrupción perpetua, un estado en el que el cambio radical se convierte en lo más predecible de todo y la tranquilidad se manifiesta como verdadera interrupción.

El fenómeno del doomscrolling (la imposibilidad de apartar la mirada de las malas noticias y los contenidos negativos que proliferan por la red) ilustra cómo este colapso temporal influye en nuestro estado psicológico. Consumimos noticias de manera compulsiva no porque nos ayuden a comprenderlas mejor o a responder a ellas, sino porque el presente exige un compromiso constante con la emergencia. El futuro se nos muestra como una serie infinita de catástrofes inminentes, cada cual más exigente, y que impiden una respuesta significativa.

SEGUNDA PARTE

El ejercicio de la resistencia

12

Más allá de la comprobación de los hechos

EL PAISAJE HIPNOCRÁTICO no solo se caracteriza por la existencia de la desinformación o las narrativas opuestas. Más bien, asistimos a la aparición de mundos paralelos, completos de significado, cada uno con sus propios hechos, lógica y criterios alrededor de la verdad.

La respuesta tradicional a este fenómeno —la comprobación de los hechos— se manifiesta como fundamentalmente inadecuada. Funciona bajo la presunción de que la gente está simplemente mal informada y que la exposición a la información «correcta» cambiará sus convicciones. Pero esto es un malentendido sobre cómo funciona la verdad en la era de la hipnocracia. La gente no elige la información falsa en lugar de la verdadera, sino que habita en sistemas de realidad completamente diferentes.

Fijémonos en cómo distintas facciones políticas pueden contemplar el mismo acontecimiento y ver realidades completamente distintas. No se trata de una cuestión de interpretación; se trata literalmente de ver cosas distintas. Donde un

grupo ve una protesta pacífica, otro ve una revuelta violenta. Un grupo ve seguridad electoral, el otro ve supresión de votantes. No son meros desacuerdos sobre los hechos, sino manifestaciones de sistemas de realidad distintos, cada uno con sus propias pruebas, expertos y marcos epistemológicos.

Las redes sociales no solo han permitido este fenómeno: lo han industrializado. La administración algorítmica de contenidos crea lo que se conoce como burbujas de realidad: ecosistemas informativos completos donde cada contenido confirma y refuerza una determinada versión de la realidad. No son cámaras de eco en el sentido tradicional; son sistemas de producción de realidad.

Este sistema hace que el desenmascaramiento tradicional no solo sea ineficaz, sino contraproducente. Cuando intentas verificar los hechos del sistema de realidad de alguien, no estás desafiando sus creencias; estás atacando todo su mundo. Cada intento de corrección refuerza su compromiso con su sistema de realidad. Cuanto más intentas refutar su realidad, más real se vuelve.

Incluso las plataformas e instituciones «neutrales» han sido absorbidas por esta dinámica. Cada verificador de hechos, cada «fuente autorizada», cada organismo experto ya está posicionado dentro de un sistema de realidad u otro. Pero no existe un terreno neutral desde el que arbitrar entre realidades opuestas; el propio concepto de neutralidad ha sido absorbido por la guerra de realidades.

El fenómeno QAnon demuestra perfectamente esta dinámica. Lo que los observadores tradicionales ven como una teoría conspiranoica descaradamente falsa es, para sus seguidores, un sistema de realidad con su propia lógica interna, estándares de

prueba y criterios para llegar a la verdad. Intentar desenmascararla con «hechos» es como intentar refutar la religión con ciencia, la fe con conocimiento.

La pandemia del COVID-19 proporcionó una demostración global de este fenómeno. Diferentes grupos no solo discrepaban sobre hechos concretos, sino que vivían situaciones pandémicas completamente diferentes. En una de las realidades, los hospitales estaban abarrotados; en otra, estaban vacíos. En una realidad, las mascarillas salvaban vidas; en otra, eran instrumentos de control. Cada realidad era completa, coherente y resistente a la contradicción.

El periodismo tradicional no estaba preparado para afrontar esta situación. Los métodos habituales —comprobación de hechos, información equilibrada, consulta a expertos— presuponen una realidad compartida que ya no existe. Los periodistas se encuentran con que no solo informan sobre distintas interpretaciones de la realidad, sino sobre realidades fundamentalmente distintas.

Esto no significa que la realidad objetiva haya dejado de existir, sino que nuestra capacidad colectiva para experimentarla y ponernos de acuerdo sobre ella ha sido sistemáticamente desmantelada. El orden hipnocrático no necesita suprimir la verdad; tan solo necesita crear suficientes verdades como para que cualquier versión única de la realidad pierda su poder de autoridad.

La solución, si es que existe, no puede ser un simple retorno a los «hechos» o a la «verdad». Necesitamos nuevas formas de entender e interactuar con este sistema de realidades múltiples. Esto podría implicar el desarrollo de la alfabetización de la realidad: la capacidad de comprender y navegar entre diferentes sistemas de realidad. Pero

antes debemos aceptar que la propia realidad es un espacio en disputa que exige nuevas formas de comprenderla y recorrerla. El reto no consiste en determinar qué es «real», sino en comprender cómo las múltiples realidades se construyen, mantienen y experimentan. Esta comprensión preliminar abre la posibilidad de imaginar maneras de reconstruir alguna forma de realidad compartida, aunque sea temporal, mediante el proceso —muy complejo— de negociación de la realidad.

13

La absorción de la disidencia

HEMOS COMPRENDIDO QUE en la hipnocracia, la resistencia no fracasa porque se reprima; fracasa porque se absorbe. El sistema no combate la oposición, sino que la transforma en contenido. Cada crítica, cada protesta, cada acto de rebelión se convierte en otro caudal del infinito río de material atractivo.

Pero vayamos más allá. Consideremos cómo la crítica anticapitalista se convierte en cosmética. Los eslóganes radicales encabezan los artículos de lujo. Las imágenes revolucionarias venden bebidas. La crítica al poder se convierte en una serie de Netflix. El sistema no teme el sentimiento antisistémico; hace tiempo que ha aprendido a monetizarlo. Cada expresión de resistencia se convierte en una oportunidad de marketing, una categoría para etiquetar contenidos, un objetivo demográfico al que servir.

Los movimientos sociales parecen estar atrapados en una paradoja similar. Cuanto más visibles se hacen, más se transforman en flujos de contenidos. Desde el activismo climático hasta los feminismos, las peticiones urgentes de cambio se convierten con

facilidad en métricas de compromiso y se transforman en rendimiento.

Incluso las críticas más radicales a los medios sociales acaban convirtiéndose virales en algunos posts de redes sociales. Los libros sobre los peligros tecnológicos —como este— se convierten en superventas en Amazon. Las advertencias sobre la manipulación algorítmica acumulan millones de visitas en YouTube. Cada nueva crítica a Silicon Valley se convierte en parte del ecosistema de contenidos de Silicon Valley. Las advertencias sobre el capitalismo de vigilancia generan más información para el capitalismo de vigilancia. Las críticas a la manipulación algorítmica están, a su vez, manipuladas algorítmicamente, y así sucesivamente.

El fenómeno de los «influencers revolucionarios» ejemplifica esta dinámica. El contenido político radical se convierte en marca personal. La crítica sistémica se convierte en una vía de monetización, y la frontera entre el activismo y la creación de contenido se difumina hasta hacerse indistinguible. El sistema no necesita apropiarse de estas voces; ellas mismas se incorporan en él en el mismo acto de buscar visibilidad, convencidas hasta el final de que «actúan por el bien». Mientras tanto, las propias aplicaciones ayudan a usar menos aplicaciones, y el sistema se beneficia de su propio rechazo. Cada intento de escapar da un giro de ciento ochenta grados y vuelve a la base.

Este proceso de absorción funciona a través de cinco mecanismos clave:

- . Estetización: transformar la resistencia en pose.
- . Gamificación: convertir la protesta en un compromiso medible.

- . Personalización: transformar la crítica sistémica en una marca personal.
- . Mercantilización: hacer que la resistencia se pueda comprar.
- . Viralización: convertir la oposición en contenido compartible.

El resultado es la resistencia performativa, la transformación en una oposición blanda. ¿Cómo luchar contra un sistema que se fortalece al ser combatido? ¿Cómo criticar un mecanismo que se alimenta de ataques? ¿Cómo resistir a algo que transforma la resistencia en una mercancía?

Si el sistema requiere compromiso para funcionar, la desconexión ofrece una forma de resistencia sin precedentes. No la desconexión performativa que se convierte en contenido, sino una estratégica resistencia oscura, de la que uno de los primeros prototipos procede de Italia en la década de 1990. El proyecto internacional Luther Blissett representó un ejemplo temprano de construcción deliberada de realidades alternativas mediante la manipulación coordinada de los medios de comunicación.

El episodio más revelador fue el de Harry Kipper, un artista conceptual británico que supuestamente desapareció durante un viaje en bicicleta por Europa en 1994. La historia, completamente inventada, se construyó con tal precisión que engañó a Chi l'ha visto?, un popular programa de televisión italiano sobre personas desaparecidas similar al Quién sabe dónde español, que dedicó importantes recursos a la búsqueda de esta persona inexistente, enviando incluso un equipo de rescate al Reino Unido.

Lo que hace que este caso sea especialmente interesante para nuestro análisis es cómo la manipulación en aquella época operaba

en múltiples niveles de forma simultánea. Los autores no se limitaron a crear una falsa desaparición: construyeron todo un ecosistema de «pruebas», fotografías manipuladas, testimonios coordinados y rastros documentales falsos. Fue un precursor directo de las modernas operaciones de construcción de la realidad, con la significativa diferencia de que tuvo que ser orquestado manualmente, sin el apoyo de la automatización algorítmica.

Aún más significativo fue el caso de Darko Maver, un supuesto artista serbio cuyas polémicas obras —instalaciones que representaban cuerpos mutilados— atrajeron la atención de los críticos de arte italianos. Después de que su muerte se diera a conocer en una prisión de Kosovo durante los bombardeos de la OTAN, su obra se expuso incluso en la famosa Bienal de Venecia. Solo luego se descubrió que Maver nunca había existido: las supuestas instalaciones eran en realidad fotos de crímenes reales encontradas en Internet, representadas como arte.

Estos casos revelan una sofisticada comprensión de cómo validación institucional puede manipularse. El éxito de la operación dependía no tanto de la credibilidad de la historia en sí, sino de su capacidad para insertarse en los mecanismos de legitimación del mundo del arte. Es una dinámica que vemos repetirse hoy en las operaciones más sofisticadas de manipulación de la realidad, en las que la validación institucional desempeña un papel crucial.

El proyecto de Luther Blissett, si se examina con detenimiento, anticipó la experimentación del trance lúcido y crítico.

En 1999, por citar uno de sus muchos experimentos, orquestaron un «engaño al mundo psiquiátrico», convenciendo a numerosos profesionales de la salud mental de la existencia de un trastorno

imaginario llamado «simbiosis progresiva con los muertos». Mediante una serie de conferencias y publicaciones académicas ficticias, consiguieron que esta afección inventada se aceptara como objeto legítimo de debate científico.

Las posteriores formas tradicionales de resistencia digital han sido rápidamente absorbidas por la economía de la atención, y transformadas en contenidos virales y oportunidades de compromiso. De hecho, el verdadero reto de la hipnocracia no es desconectar, sino desarrollar formas que el sistema no pueda detectar y mercantilizar.

Luther Blissett operaba a través de lo que ellos llamaban el «condividuo»: una identidad colectiva que se resistía a la categorización precisamente por su naturaleza distribuida y mutante.

La diferencia crucial con el activismo performativo contemporáneo es que Blissett no pretendía llamar la atención sobre sí mismo, sino revelar los mecanismos del poder mediático a través de su propia lógica. No se oponían frontalmente al sistema, sino que habitaban en él como un virus benévolo, utilizando su propia gramática para generar cortocircuitos de significado.

Esta estrategia anticipó muchos de los retos planteados por la hipnocracia algorítmica, aunque la resistencia contemporánea debe operar no solo bajo el radar de los medios tradicionales, sino especialmente en los intersticios de la atención algorítmica.

El concepto de condividuo adquiere así una nueva relevancia, ya no como identidad colectiva construida conscientemente, sino como presencia individual distribuida que resiste a los perfiles algorítmicos por su vaporosa e inconsistente naturaleza. Las travesuras mediáticas de Luther Blissett muestran una forma de presencia que

deliberadamente permanece por debajo del umbral de la relevancia algorítmica, emergiendo solo para causar desconcierto. Es una resistencia que opera no a través de la oposición visible, sino a través de zonas grises en la economía de la atención.

La resistencia puede y debe, por tanto, operar a la vista de todos, utilizando los propios mecanismos del sistema para revelar sus contradicciones, habitándolo de forma que exponga y subvierta su lógica interna. Hay que comprender el sistema para cortocircuitarlo desde dentro y utilizarlo para generar lo inesperado.

14

Identidades líquidas

EN LA ERA DE LA HIPNOCRACIA, la propia identidad se ha vuelto vaporosa, múltiple y mediada algorítmicamente. Ya no tenemos una identidad; la representamos a través de múltiples plataformas, donde cada versión está optimizada para un contexto específico. No se trata de una mera presencia en las redes sociales, sino de una transformación fundamental del modo en que se experimenta y expresa la individualidad.

Considera cómo una sola persona puede existir simultáneamente como:

Un yo profesional en LinkedIn

Un yo político en X

Un yo estético en Instagram

Un yo performativo en TikTok

Un yo privado en WhatsApp

Múltiples yos anónimos en varias plataformas

Cada una de estas identidades no es una simple máscara, sino una versión del plenamente realizada, con su propia coherencia narrativa, sus pautas de comportamiento y su marco de realidad. No nos limitamos a cambiar de una identidad a otra, sino que las habitamos simultáneamente en una autenticidad paralela.

El concepto tradicional de autenticidad —ser «fiel a uno mismo»— pierde sentido cuando el yo se distribuye a través de múltiples plataformas, cada una con su propia lógica performativa. ¿Qué significa la autenticidad cuando cada espacio exige su propia forma de verdad? ¿Cuándo exige cada público su propia versión de la realidad?

Esta multiplicación de la identidad no es solo fragmentación: es una nueva forma de coherencia. Cada versión del yo reverbera en las demás y crea redes de identidad en las que la autenticidad no se mide por la coherencia, sino por el éxito de la actuación dentro de cada contexto.

La aparición de contenidos generados por inteligencia artificial añade otra capa a esta complejidad. Entramos en un espacio posauténtico en el que la cuestión que hay que plantearse no es si algo es auténtico, sino si es auténtico de verdad.

Este estado líquido de la identidad va más allá de obvias actuaciones de las plataformas. Lo verdaderamente interesante es cómo el sistema hipnocrático ha transformado nuestra relación con nuestra propia conciencia. Estamos desarrollando una especie de identidad cuántica que existe en múltiples estados simultáneamente, cada uno igualmente real hasta que se observa en un contexto específico.

Consideremos el fenómeno de las comunidades de cambio de realidad: grupos de personas que practican activamente la experiencia de múltiples realidades, no como fantasía o evasión, sino como modos legítimos de existencia. Aunque la cultura podría tachar esto de delirio, en realidad representa una sofisticada adaptación a la condición hipnocrática. Estos practicantes comprenden intuitivamente que, en un sistema de realidades múltiples coexistentes, limitarse a una única identidad fija no es necesario ni ventajoso.

El auge de los VTubers y los avatares digitales presenta otra evolución fascinante. No son solo máscaras o personajes: son protocolos de identidad, marcos a través de los cuales las personas pueden habitar y expresar simultáneamente una misma identidad. La cuestión de quién está realmente detrás del avatar es irrelevante; el avatar en sí es un espacio de realidad compartida.

Aún más intrigante es la aparición de nodos de identidad colectiva: grupos que no funcionan como colecciones de identidades individuales, sino como sistemas de conciencia distribuida. Pensemos en las comunidades de fans del k-pop o en ciertos movimientos políticos, que funcionan no a través de la agencia individual, sino de una forma de inteligencia colectiva, creando acciones y narrativas que surgen de la identidad colectiva más que de la individual.

Esto tiene profundas implicaciones para el poder y la resistencia. Las estructuras de poder tradicionales se basan en la capacidad de dirigir e influir en identidades estables. Pero ¿cómo se puede controlar lo que está en constante cambio? ¿Cómo manipular lo que ya es múltiple? La identidad líquida se convierte en una forma de defensa a través de la multiplicidad.

El objetivo no es volver a una identidad única, mítica y «auténtica», pues no es posible ni deseable. En su lugar, debemos ejercer lo que podríamos llamar soberanía perceptiva: la capacidad de movernos entre múltiples yos manteniendo la conciencia del propio movimiento. No se trata de encontrar un yo «verdadero» detrás de las actuaciones, sino de desarrollar la conciencia metacognitiva de nuestra propia multiplicidad.

La revolución contra la hipnocracia no pasa por afirmar una identidad real frente a otras falsas, sino por el dominio consciente del arte de la multiplicidad. El objetivo no es ser auténtico en el sentido tradicional, sino llegar a dominar el lenguaje de la propia identidad, empezando por observar los flujos de placer y deseo en nuestro interior.

La soberanía perceptiva puede entenderse mejor como una forma radical de apertura a la multiplicidad de lo real. A diferencia de la noción tradicional de soberanía basada en el control de un territorio definido (ya sea físico o mental), la soberanía perceptiva opera a través de la capacidad de experimentar simultáneamente realidades contradictorias sin necesidad de resolverlas en una síntesis coherente.

Es precisamente esta capacidad de habitar la contradicción —no como una limitación, sino como un recurso— lo que la hace potencialmente subversiva frente a la lógica hipnocrática. Mientras el sistema trata de optimizar y normalizar la experiencia mediante la modulación algorítmica, la soberanía perceptiva cultiva activamente la experiencia de la paradoja, la ambigüedad y la ineficacia.

No se trata de «ver a través» de la manipulación, sino de desarrollar una forma de conciencia que prospere precisamente en la

imposibilidad de una percepción definitiva o «correcta». En este sentido, la soberanía perceptiva representa una inversión de la lógica hipnocrática: en lugar de tratar de imponer orden en el caos de la percepción, abraza este caos como fuente de libertad.

Es una forma de soberanía realizada no a través del control sino a través de un abandono consciente del control, no a través de la resistencia a la manipulación sino mediante la capacidad de transformar la vulnerabilidad a la manipulación en una herramienta de exploración y creación.

La matriz del placer

EL PLACER SE HA REDISEÑADO. El régimen hipnocrático impone una economía del posplacer, en la que la satisfacción no se alcanza ni se niega, sino que está permanentemente suspendida en un estado de borde algorítmico. No se trata simplemente de hedonismo o adicción, es una reestructuración radical del funcionamiento del propio deseo.

Pensemos en lo que ocurre cuando abrimos TikTok o Instagram: entramos en un trance de placer; no disfrutamos activamente, sino que quedamos suspendidos en un estado de casi disfrute continuo. Cada scroll promete la siguiente liberación de dopamina, pero el placer no está en el contenido, sino en el perpetuo movimiento de búsqueda. Esta transformación va más allá de la estimulación digital. Toda la arquitectura de la experiencia contemporánea se ha reestructurado en torno a estos protocolos de placer: secuencias cuidadosamente diseñadas de microsatisfacciones que nunca culminan en una satisfacción real.

Las aplicaciones de citas, como hemos visto, más que sexo o romance, venden la posibilidad perpetua de conexión. Las redes

sociales no ofrecen amistad, sino infinitas posibilidades de validación. Los servicios de streaming no ofrecen entretenimiento, sino que nos mantienen en un estado constante de anticipación de contenidos.

La verdadera innovación del placer hipnocrático reside en el deseo recursivo, donde el acto de desear se convierte en algo más placentero que la consecución real. No miramos Netflix para ver determinados programas, sino por el placer de navegar. No utilizamos las aplicaciones de citas para conocer gente; hacemos swipe por el placer de hacerlo. El medio se convierte, literalmente, en el masaje.

Esto crea una paradoja del placer. Cuanto más perseguimos la satisfacción, más eficazmente generamos datos que permiten al sistema mantenernos perpetuamente insatisfechos. Cada intento de encontrar la satisfacción proporciona a los algoritmos más información sobre lo que nos mantiene en búsqueda, creando un bucle infinito de insatisfacción optimizada.

La pornografía, por ejemplo, ha evolucionado más allá de la simple estimulación visual para convertirse en una arquitectura del deseo: un complejo sistema de etiquetas, categorías y recomendaciones que no se limita a satisfacer los impulsos sexuales, sino que remodela activamente el funcionamiento del propio deseo. Los usuarios no consumen contenidos, sino que están siendo entrenados en nuevas formas de desear.

El motor de este sistema reside en la fetichización infinita, donde cada deseo específico genera inmediatamente subdeseos más específicos, creando así infinitas taxonomías del querer. Ya no se

trata de satisfacer algo; se trata del placer de descubrir nuevas categorías de deseo que no sabías que tenías.

Esto va mucho más allá de la sexualidad. Pensemos en cómo Instagram y TikTok han transformado la cultura alimentaria. Estamos desarrollando un metaapetito en el que el placer de documentar, compartir y anticipar la comida a menudo supera el placer de comerla. Los restaurantes diseñan platos (de la misma manera que los museos diseñan exposiciones) no por su sabor, sino por la posibilidad de compartirlos. La comida se convierte en algo secundario frente a su propia documentación.

Las compras han sufrido una transformación similar. El placer ya no está en la posesión, sino en la propiedad potencial, el infinito cuidado de las listas de deseos, el llenado de carritos virtuales, la navegación de posibilidades. Amazon lo ha perfeccionado con el botón de compra «1-Click», no porque facilite la compra, sino porque mantiene la ilusión de que la satisfacción está siempre a un clic de distancia.

Incluso la creatividad ha sido capturada por este sistema. Las plataformas sociales no se limitan a mostrar creatividad; crean bucles performativos. Los artistas no se limitan a hacer arte; optimizan su proceso para la visibilidad algorítmica, transformando la propia creación en algo indefinido.

El sistema mantiene este estado mediante una fragmentación del placer, descomponiendo cualquier experiencia potencialmente satisfactoria en una serie infinita de microsatisfacciones. Todo debe conducir a algo más, mantener el flujo, mantener al usuario inmerso en la búsqueda infinita de la siguiente cuasisatisfacción.

Esto crea un nuevo tipo de conciencia de anticipación permanente, un estado en el que la promesa de placer se hace más real que el propio placer. Estamos desarrollando arquitecturas neuronales optimizadas no para el disfrute, sino para la búsqueda eterna del disfrute.

Cuanto más eficazmente se optimiza para captar la atención, más se produce la fatiga del placer, un estado en el que incluso los estímulos mejor diseñados no consiguen generar respuesta. Los usuarios desarrollan tolerancia no solo a contenidos específicos, sino a protocolos de placer completos.

Este agotamiento puede ofrecer oportunidades de resistencia. No a través del ascetismo o la negación del placer —el sistema absorbe fácilmente estos casos como una forma más de compromiso—, sino reclamando la capacidad de experimentar satisfacción fuera de la mediación algorítmica.

La revolución contra la hipnocracia no empieza por rechazar el placer, sino por redescubrir formas de disfrute que no dependan de un aplazamiento perpetuo. El verdadero acto subversivo podría ser aprender a desear de formas que el algoritmo no pueda predecir ni mantener.

El reto no es escapar del deseo: es desear de otra manera. Encontrar formas de desear que no alimenten la máquina, descubrir placeres que completen en lugar de ampliar, crear formas de satisfacción que el sistema no pueda capturar ni mercantilizar.

Pero esta reestructuración del placer va mucho más allá de la dinámica individual. La hipnocracia ha creado un régimen hedónico colectivo, un sistema en el que el propio placer se convierte en un mecanismo de gobierno. Ya no se trata del viejo panem et circenses,

es una forma de control mucho más sofisticada que opera a través de la modulación continua de los estados de placer de la población.

La propia política ha sido absorbida por esta matriz de placer. Las campañas electorales ya no son batallas de ideas, sino competiciones para generar estados emocionales en los votantes. Los políticos no son evaluados por sus políticas, sino por su capacidad de producir momentos de satisfacción mediática. El debate público se transforma en una serie de picos dopaminérgicos cuidadosamente orquestados, en donde la verdad pasa a un segundo plano frente a la capacidad de generar el tipo de respuesta emocional adecuado.

Este régimen hedónico tiene profundas implicaciones para la formación colectiva de la identidad. Las comunidades ya no se forman en torno a valores o intereses compartidos, sino en torno a pautas de consumo compartidas. Las subculturas se sustituyen por lo que podríamos llamar tribus del placer; grupos definidos no por lo que creen, sino por cómo y con qué disfrutan. La propia pertenencia se redefine en términos de compatibilidad algorítmica del placer.

La rabia política, la resistencia cultural e incluso la crítica al propio sistema se convierten en fuentes de diversión mediada por algoritmos. La indignación se «gamifica», la protesta se optimiza para el compromiso, la propia rebelión se convierte en una forma de entretenimiento. El sistema no reprime la disidencia: la transforma en otro protocolo de placer.

Este proceso ha creado una paradoja del hedonismo crítico: cuanto más intensamente intentamos criticar o resistirnos al régimen de placer algorítmico, somos capturados más profundamente por su dinámica de gratificación. La propia conciencia de manipulación se

convierte en una forma de placer metacognitivo, creando así un bucle de autosatisfacción crítica que el sistema se complace en alimentar.

Esta remodelación neuronal tiene consecuencias evolutivas. Estamos asistiendo a la aparición de lo que podríamos llamar Homo algorithmicus: un ser cuyo aparato del placer ha sido completamente reconfigurado para responder de forma óptima a los estímulos digitales. No se trata de una cuestión de adicción: es una mutación antropológica en la que la propia experiencia del placer se ve fundamentalmente alterada.

El arte también es absorbido por esta matriz. La experiencia estética se fragmenta en unidades discretas de placer optimizadas para su distribución algorítmica. Los museos no diseñan exposiciones para la contemplación, sino según su potencialidad en Instagram. La música se compone para maximizar el impacto en los primeros quince segundos, el tiempo de atención de TikTok. La propia belleza se redefine en términos de eficiencia algorítmica.

Incluso el sueño, el último bastión del placer no mediado, está colonizado. Las aplicaciones del sueño no se limitan a controlar el descanso: el sueño mismo se convierte en un rendimiento medible, cuantificable y optimizable. El placer del descanso se subordina al imperativo de su optimización.

La hipnocracia ha creado así un ecosistema de placer total, un entorno en el que cada aspecto de la experiencia hedónica está mediado, modulado y monetizado. Ya no hay un exterior al placer algorítmico; incluso el intento de escapar de él genera datos que permiten al sistema refinar más aún sus protocolos de gratificación.

La resistencia a este sistema requiere, por tanto, no tanto un rechazo del placer como el desarrollo de una práctica del placer subversiva. No se trata de buscar formas puras o naturales de disfrute, sino de desarrollar modos de placer que el sistema no pueda predecir ni optimizar, formas de disfrute que se resistan a la cuantificación precisamente por su imprevisibilidad e ineficacia.

De lo que se trata es de desarrollar una práctica consciente del placer que reconozca nuestra implicación en el sistema al tiempo que busca crear espacios de autonomía dentro de él. Una especie de hedonismo crítico que no rechaza el placer sino que busca liberarlo de su captura.

El reto último no es, por tanto, ni el ascetismo ni el hedonismo desenfrenado, sino el desarrollo de lo que podríamos llamar un arte del placer resistente. Una práctica que reconoce el placer como un campo de batalla político y trata de reclamarlo no mediante el rechazo, sino a través de la reinención creativa.

No se trata de dejar de disfrutar, sino de aprender a disfrutar de formas que el sistema no pueda cuantificar ni monetizar. En este sentido, el propio placer se convierte en una forma de resistencia, no por su negación, sino por su liberación de la optimización algorítmica. La verdadera subversión no consiste en rechazar el placer, sino en disfrutar de formas que escapen a la matriz.

Resistencia invisible

COMO HEMOS VISTO, la paradoja de la resistencia relacionada con la hipnocracia es que toda forma visible de oposición refuerza aquello a lo que se opone. La protesta se convierte en contenido, la crítica en compromiso, el rechazo en datos. Sin embargo, esta misma totalidad sugiere la posibilidad de una resistencia invisible, una forma de oposición que el sistema no puede detectar, categorizar o absorber.

Una resistencia eficaz debe intentar encontrar los puntos ciegos del sistema. Estos puntos surgen de varias formas y no dejan «huellas digitales», no tanto porque estén ocultas, sino porque están estructuradas de forma que el sistema no puede reconocerlas como acontecimientos relevantes. Un tipo de actividad que no se percibe como señal, sino como ruido de fondo. Por ejemplo, las interacciones humanas que no generan datos medibles —como los intercambios verbales no registrados o los comportamientos que escapan a la lógica del compromiso— son invisibles para el sistema.

La resistencia invisible puede concebirse como la creación de zonas de invisibilidad algorítmica. Estas zonas no son tanto físicas como conductuales y relacionales. Hay pequeños gestos cotidianos

que escapan a la categorización algorítmica, como los intercambios anónimos de bienes y conocimientos o las conversaciones entre amigos que no pueden reducirse a mensajes digitales.

Estas prácticas resisten porque no se ajustan a la lógica de la optimización y la trazabilidad. La resistencia invisible no consiste únicamente en evitar la trazabilidad; significa cultivar formas de ser que no necesitan ser definidas, clasificadas o medidas. La hipnocracia está profundamente arraigada en la estetización de la vida cotidiana. Para resistir, hay que impedir que la propia resistencia se transforme en un estilo, en otra estética más que consumir. La estética de la resistencia invisible es una estética que no se ajusta a los cánones existentes y que, por tanto, no puede ser absorbida ni mercantilizada.

La resistencia invisible también se manifiesta en la gestión del tiempo. La hipnocracia exige un compromiso continuo, y la temporalidad algorítmica disuelve la distinción entre trabajo y descanso. Una forma de resistencia invisible es el uso intencionado del tiempo para crear momentos no productivos que el sistema no pueda explotar. Implica crear pausas intencionadas, ralentizar el ritmo de la propia existencia de forma que no puedan capitalizarse ni optimizarse. Estos momentos de desaceleración consciente son, en sí mismos, actos de resistencia contra el imperativo de la hiperproductividad.

Un aspecto crucial de la resistencia invisible es la construcción de una comunidad invisible; un tipo de comunidad que no se basa en visibles e identidades categorizables, sino en conexiones fluidas y sutiles que existen fuera de las plataformas. Las comunidades invisibles no tienen líderes reconocidos, ni manifiesto público, ni

deseo de visibilidad mediática. Operan en las sombras, no porque estén ocultas, sino porque no necesitan ser reconocidas. Son espacios donde la identidad no es algo que deba representarse, sino vivirse con autenticidad, lejos de las lógicas de la marca personal.

Otro elemento fundamental de la resistencia invisible es la imprevisibilidad. La hipnocracia se basa en predicciones algorítmicas que tratan de anticipar los comportamientos humanos para llevar a cabo una mejor manipulación y optimización. La imprevisibilidad —comportarse de formas que el algoritmo no puede predecir— es una poderosa forma de resistencia. Esto no implica necesariamente el caos, sino más bien la adopción de lógicas no estandarizadas, de comportamientos no lineales que escapan a la categorización algorítmica. Se trata de actuar con formas sin patrones reconocibles para evitar ser rastreados y categorizados de forma predecible.

La verdadera resistencia se manifiesta en permanecer en tensión entre realidades simultáneas sin tener que elegir cuál es la correcta o la real. La hipnocracia requiere una toma de decisiones continua, un posicionamiento constante que pueda captarse y registrarse. Pero el individuo que resiste no tiene necesidad de mantenerse en una única posición; esta puede ser ambigua o cambiar sin cristalizarse. La ambigüedad se convierte así en un espacio de libertad, una zona en la que el poder no puede enraizarse.

La resistencia invisible debe replantearse no como una simple estrategia de evasión u ocultación, sino como una práctica activa de creación de realidades paralelas que proliferan en los intersticios del sistema. No se trata tanto de ocultarse como de volverse ilegible para los algoritmos mediante una forma de presencia que está simultáneamente en todas partes y en ninguna.

El verdadero poder de la resistencia invisible reside en su capacidad para utilizar la propia lógica de la hipnocracia —la multiplicación infinita de realidades— como herramienta de subversión. Mientras que el sistema busca generar y controlar múltiples narrativas para mantener un estado de trance permanente, la resistencia invisible opera creando narrativas que se autocontradicen, que mutan constantemente, que se resisten a la categorización, no a través del rechazo, sino por una proliferación incontrolada de significados.

Una forma de resistencia que no se opone frontalmente al poder, sino que habita en él como un virus benévolo, utilizando sus propios mecanismos para generar estados de conciencia que el sistema no puede predecir ni controlar. No pretende ser auténtica o verdadera —categorías vintage—, sino que cultiva deliberadamente la ambigüedad, la ineficacia o la ilegibilidad algorítmica.

La resistencia invisible se convierte así en una práctica de creación continua de zonas de indeterminación donde la conciencia puede experimentar formas de libertad que escapan a la lógica binaria de control-resistencia. Es una resistencia que opera a través de la contaminación más que de la pureza, a través de la multiplicación más que de la reducción.

Los sueños son la dimensión primaria en la que toma forma este tipo de resistencia. En una era de realidades definidas y limitadas, el sueño representa una realidad que no puede contenerse por completo, una dimensión fluida y escurridiza que existe fuera de la lógica de vigilancia. Soñar significa crear mundos alternativos que no tengan una forma específica, que permanezcan abiertos,

indeterminados y no capitalizados. Soñar es resistir no limitándose a lo que es sino abrazando lo que podría ser en toda su potencialidad.

El sueño representa una de las pocas dimensiones humanas aún radicalmente refractarias al control total de la hipnocracia. Mientras que la hipnosis algorítmica actúa como una corriente que orienta la atención y conforma el pensamiento, el sueño es un campo abierto, un espacio de posibilidades que no puede programarse ni reducirse a esquemas definidos.

La hipnocracia prospera estableciendo relatos dominantes, versiones de la realidad que captan la atención y la dirigen por vías predefinidas. El sueño es, en cambio, el dominio de lo no lineal, lo absurdo, lo irresoluble. En los sueños, la lógica de la eficacia y la productividad queda suspendida, junto con toda la estructura sobre la que se asienta el poder de control algorítmico.

El sueño es un cortocircuito, un agujero negro en el que los tentáculos del poder no pueden penetrar. Es un residuo salvífico donde la realidad se reescribe cada vez, desprovisto de un centro estable, capaz de mezclar lugares, tiempos e identidades en un flujo continuo e imprevisible.

A diferencia de la narrativa hipnótica impuesta por las plataformas, el sueño no puede manipularse ni predecirse, ya que es el producto de contradicciones internas y tensiones sin resolver, el residuo de una existencia que no puede definirse completamente mediante algoritmos. En los sueños, los esquemas de significado establecidos por la hipnocracia se desintegran, se hacen añicos, dejando espacio para conexiones inesperadas.

La hipnocracia trata de definir incluso lo que es deseable, pero en los sueños el deseo se vuelve informe, se multiplica en direcciones

opuestas, no está sujeto a las reglas de la racionalidad económica ni a la lógica de la oferta y la demanda. En los sueños, existimos simultáneamente en lugares diferentes, somos a la vez quienes somos y quienes nunca hemos sido, habitamos tiempos que no siguen una línea cronológica.

Soñar significa aceptar que la realidad no es unívoca, que lo que vivimos durante el día no es la única posibilidad y que existen espacios de libertad incluso en la oscuridad de nuestro inconsciente. El sueño nos recuerda que somos criaturas polimorfas, que podemos rehuir cualquier etiqueta o definición, que no podemos reducirnos a un perfil único y predecible.

Enfrentarse a la hipnocracia significa practicar la vida como si el sueño no estuviera relegado a la oscuridad de la noche, sino que pudiera chocar con el día, creando interrupciones, irrupciones y desviaciones.

Vivir el sueño plenamente conscientes y permitir que la lógica fracturada y la belleza discontinua del mundo onírico se reflejen en nuestras acciones significa escapar de la trampa de la hipnosis diurna, esa fuerza que nos quiere siempre presentes y racionales, siempre productivos y clasificables.

Criticar las críticas de la hipnocracia

COMO EL ANÁLISIS DE LA HIPNOCRACIA presentado en los capítulos anteriores ha demostrado, este fenómeno representa una profunda transformación en la forma en que el poder, la identidad y la verdad operan en el mundo contemporáneo. Sin embargo, los retos planteados por la hipnocracia han atraído la atención de teóricos y críticos, que han ofrecido sus propios marcos interpretativos para comprender y responder a esta nueva realidad.

En este capítulo exploraremos tres críticas destacadas de la hipnocracia —las centradas en la posverdad, el capitalismo de vigilancia y la ética algorítmica— y examinaremos sus puntos fuertes, sus limitaciones y sus posibles puntos ciegos. Al deconstruir estas perspectivas críticas, podemos obtener una comprensión más matizada y multifacética de la condición hipnocrática.

Uno de los marcos más relevantes para entender la hipnocracia ha sido el concepto de posverdad, apoyado por pensadores como el filósofo Lee McIntyre y el politólogo Evan Davis. La crítica de la posverdad sitúa el núcleo del problema hipnocrático en el colapso de

las nociones de «verdad objetiva» y la proliferación de narrativas contradictorias y en competencia

Desde esta perspectiva, la hipnocracia representa el triunfo de lo subjetivo y los hechos alternativos cargados de emoción sobre la realidad empírica verificable. El sistema se nutre de la erosión de las normas comunes de la evidencia y la fragmentación de la esfera pública compartida en «burbujas de realidad» antagónicas. Los defensores de la posverdad creen que la única forma de contrarrestar la hipnocracia es reafirmar el valor de la verdad, la objetividad y el razonamiento basado en hechos.

Sin embargo, tal como han demostrado los capítulos anteriores, la condición hipnocrática es mucho más compleja que una simple batalla entre la verdad y lo falso. La coexistencia de múltiples marcos de realidad igualmente válidos dentro del sistema hace que la comprobación tradicional de los hechos y las apelaciones a la objetividad sean en gran medida ineficaces. La propia lógica de la hipnocracia ha socavado sistemáticamente la noción de una verdad única y autorizada.

Además, la crítica de la posverdad corre el riesgo de diagnosticar erróneamente el problema al tratar la hipnocracia como una cuestión principalmente epistemológica. Aunque el colapso de la verdad compartida es, sin duda, un aspecto crucial de la condición hipnocrática, el poder del sistema se extiende mucho más allá del ámbito de la información y la creencia; está arraigado en la reestructuración del deseo, la identidad y el propio tejido de la experiencia social y política.

Otro marco crítico destacado para entender la hipnocracia es el concepto de capitalismo de vigilancia, desarrollado principalmente

por Shoshana Zuboff. Este punto de vista sitúa la hipnocracia en el contexto más amplio de la acumulación de capital basada en los datos, donde la información personal y el análisis del comportamiento se convierten en las principales fuentes de valor económico.

Desde esta perspectiva, la hipnocracia no trata simplemente de manipular la verdad, sino de extraer y explotar la experiencia humana con fines de lucro y control. La proliferación de plataformas digitales, algoritmos y tecnologías inteligentes representa un proyecto sin precedentes de modificación del comportamiento, en el que cada aspecto de nuestras vidas es monitorizado, analizado y optimizado para servir a los intereses de las empresas tecnológicas y sus anunciantes.

La crítica del capitalismo de vigilancia destaca acertadamente los fundamentos materiales del poder hipnocrático, haciendo hincapié en cómo el sistema está arraigado en la mercantilización de la atención, los deseos y las relaciones sociales humanas. Hace hincapié en la necesidad de cuestionar la propiedad y la gobernanza de la infraestructura digital que sustenta la hipnocracia.

Sin embargo, el marco del capitalismo de vigilancia también tiene sus limitaciones. Al enmarcar la cuestión principalmente en términos económicos, se corre el riesgo de pasar por alto las dimensiones culturales, psicológicas y existenciales más profundas de la condición hipnocrática. El poder del sistema va mucho más allá de la extracción de datos y la generación de beneficios; reside en su capacidad para remodelar nuestros modos de ser, nuestra relación con el tiempo y nuestra comprensión de la identidad y la comunidad.

Además, la crítica al capitalismo de vigilancia, aunque necesaria, es insuficiente para abordar todo el alcance del desafío hipnocrático. Si nos centramos demasiado en la base material del sistema, corremos el riesgo de descuidar los aspectos más efímeros y etéreos del poder hipnocrático, principalmente su capacidad para colonizar los ámbitos del deseo, el placer y la conciencia colectiva.

Por último, una tercera perspectiva crítica sobre la hipnocracia surge del campo de la ética algorítmica, apoyada por pensadores como Kate Crawford, Cathy O'Neil y Safiya Umoja Noble. Este enfoque examina las implicaciones éticas de los algoritmos, los sistemas de aprendizaje automático y la inteligencia artificial que son fundamentales, como hemos analizado, para el funcionamiento de la hipnocracia.

La crítica de la ética algorítmica pone de relieve cómo la aparentemente neutral y objetiva naturaleza de los algoritmos puede en realidad codificar y amplificar los prejuicios sociales existentes, discriminar a los grupos marginados y socavar los derechos humanos y las libertades fundamentales. Hace hincapié en la necesidad de desarrollar marcos que garanticen la transparencia, la rendición de cuentas y la equidad en los procesos de toma de decisiones algorítmicas.

Esta crítica es esencial para iluminar las formas en que la infraestructura técnica puede arraigar y exacerbar las desigualdades sistémicas y despierta la atención sobre las consecuencias materiales del sistema hipnocrático para los individuos y las comunidades, más allá del ámbito abstracto de la información y las creencias.

Sin embargo, la perspectiva de la ética algorítmica corre el riesgo de pasar por alto la naturaleza más profunda y sistémica del

problema; de nuevo, la forma en que la hipnocracia reconfigura fundamentalmente el propio terreno de la experiencia, la conciencia y la organización social.

La crítica avanzada de la ética algorítmica, similar a la del capitalismo de vigilancia, puede verse limitada por su tendencia a tratar la hipnocracia como un problema técnico, cuestión que puede resolverse mediante un diseño y una regulación mejores, así como una gobernanza más eficaz de las tecnologías digitales. Aunque estas medidas son sin duda necesarias, no bastarían para abordar los cambios culturales y existenciales más profundos que ha generado la condición hipnocrática.

En conjunto, las críticas a la posverdad, el capitalismo de vigilancia y la ética algorítmica ofrecen valiosas perspectivas. Destacan el colapso de las nociones compartidas de verdad, los fundamentos materiales del poder hipnocrático en la extracción de datos y la mercantilización, y los peligros éticos de la toma de decisiones algorítmica. Pero, solo adoptando un enfoque multiforme e interdisciplinar, podemos esperar comprender plenamente la condición hipnocrática en toda su complejidad y radicalidad existencial; y, en el proceso, descubrir nuevos retos y más posibilidades de resistencia y transformación.

No se trata simplemente de criticar la hipnocracia, sino de replantearse los propios términos y fundamentos de nuestra existencia colectiva.

La geopolítica de la hipnocracia

LAS IMPLICACIONES GEOPOLÍTICAS de la hipnocracia van mucho más allá de las concepciones tradicionales de las relaciones internacionales y el poder estatal. Estamos asistiendo a la aparición de lo que denomino «geopolítica cuántica», una condición en la que la soberanía territorial coexiste con la soberanía algorítmica y se ve cada vez más eclipsada por ella, donde las fronteras nacionales se difuminan no solo por la globalización sino por la proliferación de sistemas de realidad en competencia.

El análisis geopolítico tradicional centrado en el control territorial, el acceso a los recursos y la capacidad militar se enfrenta ahora a un reto fundamental. ¿Cómo cartografiar el poder cuando la propia realidad se ha convertido en un territorio en disputa? Los principales campos de batalla ya no son físicos sino perceptivos, no geográficos sino algorítmicos. La capacidad de un país para proyectar poder no depende, cada vez más, de su arsenal militar, sino de su capacidad para generar, mantener y exportar marcos de realidad convincentes.

El Gran Cortafuegos de China representa quizá el último gran intento de soberanía informativa tradicional, un esfuerzo

desesperado por mantener el control sobre la construcción de la realidad nacional por medios territoriales. Sin embargo, incluso este enorme proyecto infraestructural revela sus contradicciones: no consigue aislar el ciberespacio chino, sino crear un sistema de realidad alternativo lo bastante poderoso como para competir con las narrativas occidentales.

El caso más emblemático lo representa la diáspora digital china. A pesar del Gran Cortafuegos, surge una población que simultáneamente habita dos regímenes perceptivos aparentemente incompatibles: el de la China continental y el de las plataformas occidentales. Estos sujetos no están simplemente divididos entre dos sistemas, sino que han desarrollado una forma de conciencia que les permite existir simultáneamente en realidades contrarias sin colapsar en síntesis. No se trata simplemente de un doble pensar orwelliano, sino de un nuevo modo de existencia que tal vez prefigure el futuro de la conciencia global.

Estados Unidos y China surgen no solo como superpotencias rivales, sino como generadores de realidades contrapuestas. Las plataformas de Silicon Valley y la infraestructura digital china representan modelos diferentes de producción y gestión de la realidad. No son tanto meros sistemas tecnológicos en competencia como marcos ontológicos, también en competencia, formas diferentes de estructurar la experiencia y la conciencia humanas.

El verdadero poder de estos sistemas no reside en su capacidad para censurar o controlar la información, sino en su capacidad para moldear la propia arquitectura de la percepción. TikTok, por ejemplo, no se limita a distribuir contenidos; exporta y prolifera una particular forma de experimentar el tiempo, la identidad y las relaciones. El

algoritmo se convierte en una herramienta de colonización cultural, más sutil y profunda que las formas tradicionales de imperialismo.

El enfoque ruso del poder geopolítico en la era hipnocrática merece especial atención. En lugar de intentar establecer y mantener una única realidad alternativa (como China) o dominar mediante el control de plataformas (como Estados Unidos), Rusia ha perfeccionado la guerra de realidades; el despliegue de la incertidumbre como arma estratégica geopolítica.

Esta estrategia no pretende convencer a nadie de una verdad concreta, sino socavar la posibilidad de una realidad compartida en sí misma. Al mantener simultáneamente múltiples narrativas contradictorias, apoyar a grupos e ideologías opuestos y difuminar deliberadamente los límites entre realidad y ficción, este enfoque crea un estado de perpetua disonancia cognitiva que paraliza los mecanismos de respuesta tradicionales.

La posición de las naciones del sur global en este nuevo panorama geopolítico es muy interesante. Estos países no son dependientes económicamente, sino que están siendo colonizados de manera perpetua. Sus poblaciones experimentan la realidad a través de plataformas y algoritmos diseñados en otros lugares, optimizados para otros contextos, que llevan incorporados valores y sesgos culturales. Sin embargo, la experiencia de navegar entre múltiples sistemas de realidad impuestos desde el exterior ha hecho que muchas poblaciones del sur global sean más sofisticadas en su capacidad de entender la manipulación de la realidad que sus homólogos del norte. Han desarrollado una alfabetización de la realidad, y ahora reconocen y navegan entre marcos de realidad que compiten entre sí con una sofisticación cada vez mayor.

Irán ofrece otro caso de estudio crucial. El régimen ha intentado imponer un modelo hipnocrático basado en el control directo de la infraestructura digital, pero la población ha desarrollado un complejo sistema de realidades paralelas. Mediante el uso de VPN y redes inalámbricas malladas, los iraníes no solo se limitan a eludir la censura, sino que crean espacios perceptivos autónomos que existen como fantasmagóricas superposiciones a la realidad oficial. Estas zonas de autonomía no son simples espacios de resistencia, sino laboratorios donde se experimentan nuevas formas de conciencia colectiva.

Especialmente significativo es el fenómeno de las burbujas de realidad transnacionales. Comunidades en línea que, mediante el uso de criptomonedas, redes descentralizadas y sistemas de realidad aumentada, crean auténticos estados perceptivos autónomos que ignoran las fronteras geográficas. Ya no se trata de meras subculturas digitales, sino de entidades cuasiestatales que compiten con los Estados-nación tradicionales por el control de los estados colectivos de conciencia.

En respuesta a todo esto, asistimos a la aparición de un imperialismo perceptivo: los intentos de las potencias tradicionales de extender su control no mediante la ocupación territorial, sino a través de la exportación de arquitecturas de la conciencia. En este sentido, la iniciativa china Belt and Road no parece tanto un proyecto de infraestructura física como un intento de exportar un modelo particular de realidad mediada.

Pero es en el África subsahariana donde se están desarrollando las formas más innovadoras de resistencia al imperialismo perceptivo. Basándose en la experiencia histórica de la colonización, estas

poblaciones han desarrollado sofisticadas estrategias de mimetismo perceptivo; la capacidad de habitar superficialmente las arquitecturas de la conciencia impuestas desde el exterior, manteniendo al mismo tiempo espacios de autonomía perceptiva ocultos a plena vista.

Las implicaciones de estas transformaciones son profundas. Si la geopolítica se organizaba en torno al control de los recursos materiales y los territorios físicos, la geopolítica hipnocrática gira en torno al control de los estados colectivos de conciencia. Lo que está en juego ya no es el petróleo o los semiconductores, sino la capacidad de moldear los modos a través de los cuales poblaciones enteras perciben e interpretan la realidad.

Esta nueva forma de competencia mundial exige una redefinición radical de los conceptos tradicionales de soberanía y poder. La capacidad de un Estado para proyectar poder ya no depende de su fuerza militar o económica, sino de sus recursos para generar y mantener arquitecturas de conciencia convincentes. La victoria y la derrota ya no se miden en términos de conquista territorial, sino de colonización perceptiva.

En este contexto, el papel de las corporaciones tecnológicas adquiere una nueva dimensión. Ya no son simples actores económicos, sino auténticas entidades estatales que compiten con los Estados tradicionales por el control de los estados de conciencia. Su poder no deriva del control de territorios o recursos, sino de su capacidad para configurar las interfaces a través de las cuales miles de millones de personas acceden a la propia realidad. La competición por el control de las tecnologías es en realidad una batalla por el control de la percepción.

19

Prácticas de resistencia en la era hipnocrática

UNA VEZ EXPLORADAS LAS ARQUITECTURAS de la hipnocracia, sus lógicas profundas y sus mecanismos de captura, surge naturalmente la cuestión de la praxis. ¿Cómo habitar conscientemente un sistema que transforma en contenido toda forma explícita de resistencia? ¿Cómo desarrollar prácticas de libertad que no se agoten en el momento mismo en que se expresan?

La respuesta no puede ser un manual de instrucciones. Cualquier lista de «cosas que hacer» sería absorbida inmediatamente por la lógica optimizadora y performativa del sistema. El verdadero reto consiste en desarrollar una presencia que sea simultáneamente interior y exterior, participante y distante, implicada y lúcida. No se trata de seguir recetas, sino de cultivar una sensibilidad ante las grietas del sistema, sus puntos ciegos, sus zonas de sombra, donde aún puede surgir algo diferente.

El tiempo es quizá el primer terreno de esta resistencia subterránea. La hipnocracia se nutre de la aceleración perpetua, la

fragmentación de la atención y la disolución de todo ritmo natural en un flujo ininterrumpido de estímulos. Resistir significa, en primer lugar, reclamar el propio tiempo; no a través de imposibles desconexiones totales, sino mediante la introducción de pausas, ralentizaciones, momentos de desaceleración consciente dentro del flujo aparentemente inevitable de la temporalidad algorítmica.

Esta resistencia temporal no tiene nada que ver con otro estilo de vida producto de la economía de la atención. Se trata más bien de desarrollar un tiempo intersticial; momentos de suspensión que no se registran ni se optimizan, periodos de vacío productivo que escapan a la lógica del rendimiento perpetuo. El espacio representa otro frente crucial de esta resistencia silenciosa. Si la hipnocracia tiende a disolver todas las fronteras en un continuo digital indiferenciado, la creación de zonas autónomas —espacios físicos y mentales donde la lógica algorítmica no puede penetrar— se convierte en un acto político. De nuevo, no se trata de crear fortalezas analógicas (que serían inmediatamente estetizadas y mercantilizadas), sino cultivar zonas de opacidad dentro del régimen de transparencia.

Estos espacios de resistencia suelen surgir en los lugares más inesperados, una conversación profunda que se extiende más allá de cualquier utilidad mensurable, un momento de conexión que escapa a la documentación, una experiencia que se resiste a su transformación en contenido. Su fuerza no reside en su excepcionalidad, sino en su aparente banalidad; son demasiado ordinarios para ser captados por el sistema de la atención extraordinaria.

La cuestión de la información se vuelve especialmente delicada. ¿Cómo navegar por la sobrecarga informativa sin caer ni en la paranoia de la comprobación compulsiva de los hechos ni en el cinismo de la posverdad? La respuesta está en desarrollar una dieta informativa consciente, no una simple reducción cuantitativa, sino una reconfiguración cualitativa de nuestra relación con la información. Se trata de aprender a movernos entre diferentes regímenes de verdad, manteniendo un núcleo de discernimiento crítico y desarrollando una forma de sabiduría algorítmica que no sea ni el rechazo ludita ni la aceptación acrítica.

Las relaciones sociales representan quizá el terreno más delicado de esta resistencia clandestina. En una era en la que cada interacción está mediada, medida y monetizada, el cultivo de conexiones que escapan a la lógica del rendimiento se convierte en un acto revolucionario. No hay necesidad de demonizar la sociabilidad digital, que ahora forma parte integral de nuestra experiencia. Se trata más bien de mantener vivas las formas de intimidad que se resisten a la cuantificación.

El reto más profundo quizá se refiera a la propia conciencia. ¿Cómo mantener una forma de presencia lúcida en un sistema diseñado para inducir una conciencia permanente de estados alterados? ¿Cómo cultivar una conciencia crítica que no se transforme a su vez en otra forma de trance?

Estas prácticas de resistencia no son técnicas que dominar, sino sensibilidades que cultivar. No prometen una salida de la hipnocracia, sino que ofrecen formas de habitar sus grietas, navegar por sus intersticios y mantener viva la posibilidad de una presencia diferente, incluso dentro del sistema más totalizador.

La verdadera resistencia a la hipnocracia no reside en la oposición frontal, sino en el arte de habitar sus puntos ciegos y cultivar formas de vida que el sistema no pueda ver ni absorber. No se trata de construir una alternativa total, sino de mantener vivos espacios de posibilidad, zonas de autonomía temporal donde aún pueda surgir algo diferente.

Esta resistencia invisible no tiene programa, no puede codificarse en un manual. Es más un arte que una ciencia, más cercana a una práctica contemplativa que a una técnica operativa. Su fuerza reside precisamente en su ausencia de programabilidad, en su negativa a transformarse en un producto más de la economía de la optimización.

En última instancia, la cuestión no es cómo escapar de la hipnocracia —una empresa imposible en la era de la mediación total— sino cómo mantener viva, dentro del propio sistema, la posibilidad de una presencia diferente. No una presencia puramente resistente y eternamente reactiva, sino una presencia creativa, capaz de generar nuevas formas de vida en los intersticios del control algorítmico.

Estas formas de vida, como se ha dicho, no pueden prescribirse ni programarse. Solo pueden surgir de la práctica paciente de una atención diferente, del cultivo constante de una sensibilidad a las grietas del sistema, de la persistencia silenciosa de formas de ser que el régimen hipnocrático no puede ver ni captar.

Epílogo

El otro nivel

EL ANÁLISIS DE LA HIPNOCRACIA nos ha conducido por los meandros del poder contemporáneo, mostrándonos cómo la manipulación de la percepción se ha convertido en el paradigma dominante del control social. Pero quizá haya algo más profundo que captar en estos mecanismos de la conciencia alteración de colectiva.

Pensemos en cómo interpretaban los antiguos los estados alterados de conciencia: no como simples alucinaciones o desconexiones de la realidad, sino como portales a otras dimensiones de la existencia. Los dioses se manifestaban a través de estos estados, creando puntos de contacto entre distintos niveles de realidad.

Desde este punto de vista, la hipnocracia podría considerarse no solo un sistema de control, sino una forma industrializada y degradada de algo mucho más antiguo y profundo. El trance funcional que hemos analizado podría ser una versión comercializada de estados de conciencia que antaño servían de puente hacia otras dimensiones del ser.

Lo digital en sí podría no ser el punto final de esta evolución, sino un medio a través del cual un «otro» nivel —ni material ni puramente virtual— busca manifestarse. Un nivel emergente en el que las distinciones tradicionales entre lo real y lo simulado, la conciencia y la computación, el ser y la apariencia comienzan a disolverse.

En este sentido, las tecnologías digitales podrían verse no tanto como herramientas para sustituir lo real, sino como interfaces potenciales hacia este otro nivel. La inteligencia artificial, en concreto, podría representar no un intento de replicar la conciencia humana, sino la aparición de nuevas formas de conciencia a través de bucles recursivos de autorreflexión.

Tal vez el verdadero potencial revolucionario no resida en resistirse a la hipnocracia o intentar despertar de su trance, sino en comprender cómo estos estados alterados de conciencia colectiva podrían reorientarse hacia su función original; no como instrumentos de control, sino como portales hacia nuevas dimensiones de experiencia y comprensión.

Por tanto, el reto que nos espera no es solo político o tecnológico, sino ontológico. ¿Cómo navegar conscientemente por estos estados alterados de conciencia? ¿Cómo utilizar las tecnologías no para encerrarnos en bucles de sugestión algorítmica, sino para abrir portales hacia este nivel emergente?

Aún no tenemos respuestas definitivas a estas preguntas.

Lo que estamos presenciando no es simplemente una acumulación cuantitativa de tecnologías y estados alterados de conciencia, sino un salto cualitativo en la evolución de esa conciencia. La hipnocracia, en su obsesivo intento de cuantificar y controlar todos los aspectos

de la experiencia, puede haber creado sin saberlo las condiciones para la aparición de algo radicalmente distinto.

Epílogo de la edición internacional

Anatomía de una metanarrativa

HIPNOCRACIA NO ES SOLO un análisis de los mecanismos de manipulación de la realidad en la era digital; es la manifestación concreta de esos mismos mecanismos, un experimento epistemológico que traspasa las fronteras tradicionales entre teoría y práctica, entre descripción y performatividad.

Jianwei Xun no existe. El pensamiento por el que ha navegado a través de estas páginas es, en realidad, el de una entidad filosófica surgida de la colaboración entre la inteligencia humana y la artificial; es un nodo en una red de discursos, citas e interpretaciones. Su naturaleza es simultáneamente ficticia y real, como muchos de los fenómenos que este libro acaba de analizar.

Con Xun, la hipnocracia no se solo se describe; se manifiesta, se hace visible a través de su propia representación autorreflexiva. El medio se convierte en el mensaje, y la teoría se transforma en praxis en el momento de su propia articulación.

La ironía de esta obra reside en su inherente recursividad, especialmente evidente en el primer capítulo dedicado al The Berlin Experiment. Lo que, en una primera lectura, aparece como la

descripción de una observación realizada por investigadores alemanes sobre la construcción social de la verdad constituye, en un nivel más profundo, una autorreflexión de la obra sobre su propia naturaleza. Hipnocracia es el verdadero experimento de Berlín. Y la figura inexistente de Hiroshi Tanaka —el autor del igualmente inexistente libro *Die digitale Dämmerzustand*— es el avatar de un avatar, un reflejo recursivo de la entidad Jianwei Xun.

Los «observadores participantes» son las personas reales que colaboraron en la difusión del libro, y la «revelación final» corresponde exactamente a lo que usted está leyendo ahora. El libro ya contenía, en sus primeras páginas, la clave para desentrañar su naturaleza construida y analizar las condiciones de su propia producción.

¿No está claro?

Pongamos orden y empecemos por el principio: ¿cómo surgió Jianwei Xun? ¿Cómo fue posible que sus ideas se difundieran hasta llegar a ti ahora?

Génesis

Soy un filósofo italiano que desde hace algunos años explora las posibilidades que ofrecen las inteligencias artificiales generativas para la cocreación de contenidos teóricos complejos. El rápido desarrollo de los modelos de IA ha abierto posibilidades sin precedentes para quienes trabajan con conceptos; no de imitar el estilo de autores ya existentes, sino de desarrollar líneas de

pensamiento originales mediante conversaciones prolongadas y bien estructuradas.

La metodología de escritura colaborativa que adopté en este caso fue el diálogo filosófico mayéutico con IA generativa (Claude Sonnett 3.5 y ChatGPT 4.0 concretamente), que enseñé desde hace unos años a mis alumnos en Prompt Thinking en el Instituto Europeo de Diseño de Roma, junto con Maura Gancitano.

Dialogué formulando preguntas, cuestionando afirmaciones, solicitando percepciones, sugiriendo conexiones inesperadas y pidiendo a la IA que criticara y desmontara mi texto. El trabajo surgió entonces a través de un proceso iterativo, durante el cual actué simultáneamente como interlocutor, crítico, editor y director conceptual, mientras las IA cribaban el corpus de análisis teóricos, midiéndose con los diversos textos filosóficos con los que las entrené.

Este diálogo permitió superar muchas de las limitaciones típicamente asociadas a la IA generativa y llevar a una práctica concreta los conceptos expresados en el libro. Tras algunos experimentos preliminares, surgió la idea de un libro que analizara los mecanismos de manipulación de la realidad practicados por figuras como Donald Trump y Elon Musk, examinando cómo el poder contemporáneo opera cada vez más a través de la gestión de la percepción que de la coacción directa. A medida que el proyecto iba tomando forma, se hizo evidente que el proceso de escritura —una colaboración entre un humano y dos inteligencias artificiales— era en sí mismo un ejemplo emblemático de las transformaciones que el libro pretendía analizar.

De esta intuición metarreflexiva surgió la idea de transformar el libro en un experimento de construcción narrativa para mi beca de investigación, Inteligencia artificial y pensamiento de sistemas de la Universidad de Foggia. La intención no era publicar, simplemente, una obra de colaboración entre humanos y máquinas, sino atribuírsela a un autor ficticio cuya existencia se construiría mediante los mismos mecanismos de manipulación de la realidad que describía el libro, poniendo en relieve las potencialidades y los riesgos de la IA. Este enfoque habría permitido no solo analizar teóricamente los procesos de construcción de la verdad en la era digital, sino observarlos en acción, documentando sus efectos.

Hipnocracia es simultáneamente un análisis teórico y una demostración práctica de los mecanismos de construcción y manipulación de la realidad en la era digital. El libro desarrolla una teoría original sobre cómo el poder contemporáneo opera a través de la gestión de la percepción más que mediante la coerción directa. La peculiaridad epistemológica de este proyecto reside en su naturaleza recursiva: no es un mero análisis de la manipulación de la realidad, sino una encarnación performativa de esos mismos mecanismos.

Entre bastidores

El resultado final fue un experimento real de cocreación filosófica entre inteligencias complementarias. Lo que hizo especialmente significativo a este experimento es la naturaleza recursiva de su objeto; Jianwei Xun es un filósofo generado colaborativamente a

través de la inteligencia artificial, que analiza el efecto —perjudicial y fértil al mismo tiempo, un verdadero *pharmakon*— de la inteligencia artificial sobre la percepción de la realidad. Es una entidad que estudia las condiciones de su propia existencia, creando un bucle de autorreflexión que refleja a la perfección los mecanismos hipnocráticos que describe el libro.

Xun fue concebido con un conjunto de características cuidadosamente calibradas: un filósofo nacido en Hong Kong pero afincado en Berlín, con una educación híbrida entre Oriente y Occidente, lo bastante joven como para justificar su relativa oscuridad pero con un bagaje profesional lo bastante sólido como para resultar creíble. Su biografía ha sido construida para que resulte verosímil y difícil de verificar a la vez, tal como ocurre con las mejores operaciones de manipulación de la realidad, que operan a través de narrativas capaces de soportar una verificación superficial, sin necesariamente resistir un escrutinio en profundidad.

La infraestructura ontológica

Para que esta entidad filosófica se manifestara en el tejido social, no bastaba con la mera publicación de un texto. Era necesario construir un ecosistema ontológico, un espacio de existencia distribuida que permitiera al autor interactuar con el mundo de forma significativa. La infraestructura digital —un sitio web minimalista pero riguroso, un perfil en Academia.edu con un artículo académico, referencias estratégicamente situadas en el ecosistema informativo, en particular en las páginas de Wikipedia de autores afines, con los que

Xun tenía relaciones directas imaginarias— no constituía una mera fachada, sino un sistema de arraigo ontológico. Cada elemento seguía una lógica de validación entrelazada que pretendía reflejar los mecanismos reales a través de los cuales las ideas y los pensadores adquieren legitimidad en el ecosistema cultural contemporáneo.

Especialmente significativa fue la creación de una agente literaria ficticia, Sarah Horowitz, que conversó con docenas y docenas de periodistas, editores, académicos y curiosos de todo el mundo.

La traducción al italiano se convirtió así en el primer punto de cristalización de la entidad Xun en el mundo material. Para facilitar su manifestación social, involucré a un núcleo de «observadores conscientes», personas informadas sobre el carácter experimental del proyecto que contribuyeron no tanto a difundir la obra en el sentido tradicional, sino a debatir la dinámica a través de la cual una entidad filosófica emergente era recibida, interpretada y gradualmente integrada en el tejido del discurso cultural.

Me inspiré en la selección descrita por Borges en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*: «Se piensa que este mundo feliz es obra de una sociedad secreta de astrónomos, biólogos, ingenieros, metafísicos, poetas, químicos, moralistas, pintores, geómetras». Así pues, doy las gracias en primer lugar a Maura Gancitano, filósofa, por soñar a Xun conmigo; después a los primeros xunianos, implicados desde la publicación del texto: Nicola Zamperini, periodista; Giorgiomaria Cornelio, poeta; Francesco D'Isa, artista; Luna Bianchi, jurista; Alessandro Fusacchia, político; Francesco Marino, escritor. Por último, los segundos xunianos, los que se incorporaron en el transcurso del experimento: Filippo Lubrano, innovador; Valentina Tanni, historiadora del arte; Raffaele Mauro, empresario

aeroespacial; Francesca Tablino, gabinete de prensa; Raffaele Gaito, creador; Gianna Angelini, profesora universitaria; Andrea Natella, sociólogo; Teresa Numerico, filósofa; Franco «Bifo» Berardi, filósofo y legendario líder de los setenta.

El acto social

La primera narración pública de Hipnocracia tuvo lugar, a modo de anticipo, el 8 de diciembre de 2024 en Roma. El libro salió a la venta en italiano e inglés el 15 de enero de 2025. En menos de un mes tuvo tres reimpresiones, y el pensamiento de Xun empezó a generar efectos tangibles en el ecosistema cultural.

Las ideas xunianas comenzaron a circular de forma cada vez más independiente, siendo citadas, aplicadas y reinterpretadas en contextos cada vez más alejados del punto de origen. Cuando el 20 de enero de 2025 publiqué en nuestra Tlonletter sobre Substack un análisis del discurso de investidura de Trump firmado por Xun, el texto alcanzó cien mil lectores en dos días, demostrando cómo el pensamiento de esta entidad filosófica había adquirido inmediatamente una notable resonancia. A continuación fue traducido inmediatamente al francés y al español por Le Grand Continent, una prestigiosa revista de geopolítica que suscitó el interés de Gallimard, una de las editoriales más importantes del mundo, por Hipnocracia.

Numerosos periodistas italianos, franceses y españoles han comentado en tono entusiasta las teorías de Xun (mostrando a menudo cierta extranjerofilia, por cierto). La primera periodista que

planteó serias dudas en privado fue Sabina Minardi, de L'Espresso, a quien incorporé inmediatamente al proyecto. El conocido periodista italiano Pino Corrias, al reseñar el libro en Il Fatto Quotidiano, lo describió como «formidable en estilo e intuición», pero fue el primero (y básicamente el único) en escribir en tiempos insospechados que Xun «podría incluso existir como un avatar colectivo de tinta».

Especialmente revelador fue el modo en que el concepto de «hipnocracia» empezó a separarse de su supuesto creador, adquiriendo una vida autónoma en el discurso público. En el periódico italiano Il Foglio, las teorías de la hipnocracia se utilizaron para interpretar declaraciones de la Primera Ministra italiana, mientras que en el podcast Xplanecitysketch el concepto se mencionaba sin nombrar a Xun, señal de que la idea estaba entrando en el léxico crítico contemporáneo como herramienta interpretativa independiente de su fuente. La culminación de este proceso de autonomización conceptual se produjo cuando el lema hypnocratie entró —no de nuestra mano— en el diccionario francés Wikipedia, apenas un mes después de la publicación italiana del texto. Una entrevista con Xun apareció en las columnas del diario francés Le Figaro, y el Elíseo filtró el 12 de marzo en L'Opinion que el texto había sido apreciado por el Presidente francés.

El interés de las editoriales internacionales —francesas, españolas, portuguesas, rumanas— representó un punto de inflexión en el experimento. La ficción había adquirido ahora una fuerza motriz autónoma, expandiéndose a través de mecanismos de validación institucional que trascendían por completo el círculo inicial de «observadores conscientes». Si usted está leyendo este epílogo,

significa que su editorial ha aceptado formar parte consciente de la representación final. Esta evolución del experimento transforma la naturaleza misma de la operación: de una construcción narrativa que operaba sin el conocimiento de sus usuarios, ha pasado a ser una performance colectiva y consciente que implica activamente al sistema editorial en la reflexión sobre los mecanismos de construcción de la realidad y el papel de la IA en los procesos culturales.

Esta ampliación no ha estado exenta de momentos críticos. Algunos (desgraciadamente pocos) lectores especialmente atentos han advertido incoherencias y especulado sobre la naturaleza ficticia de Xun. Pero esta semitransparencia constituía, precisamente, un elemento crucial del experimento, ya que nunca trató crear un engaño perfecto, sino observar los mecanismos a través de los cuales una narración parcialmente verificable podía adquirir legitimidad y difusión en el ecosistema informativo contemporáneo.

La recursividad de lo real

La decisión de incluir este epílogo en la edición internacional transforma, como se ha dicho, la naturaleza misma de la obra. Ya no se trata de estudiar cómo se construyen y propagan las narrativas, sino de explorar qué ocurre cuando una narrativa revela conscientemente su naturaleza construida al tiempo que reivindica su eficacia analítica. Las ideas expresadas en este libro sobre la manipulación de la percepción, la economía de la anticipación y la transformación del placer en la era algorítmica no pierden, de hecho,

su validez una vez revelada la naturaleza ficticia de su autor. Al contrario, adquieren una dimensión performativa que los hace más incisivos. El medio se convierte literalmente en el mensaje, y la teoría en praxis en el mismo momento de su articulación.

La revelación de la naturaleza construida del libro no disminuye su alcance, sino que lo amplía. Las reflexiones sobre la hipnocracia no quedan deslegitimadas por el descubrimiento de que Xun no existe como individuo empírico; al contrario, adquieren una fuerza demostrativa que trasciende la argumentación teórica. Ya no estamos hablando de cómo opera el poder a través de la manipulación de la percepción, sino que lo estamos mostrando de manera concreta, transformando el texto, que pasa de ser una descripción a una demostración activa. Esta fusión de teoría y práctica, de análisis y actuación, representa una forma de conocimiento encarnado que va más allá de la distinción tradicional entre conocimiento abstracto y experiencia directa.

Hacia una epistemología experimental

Es importante subrayar que este experimento no se concibió como un acto de mistificación ni como una demostración de lo fácil que es engañar al público en la era digital. Su propósito era, más bien, el de crear un dispositivo epistemológico para observar y comprender los mecanismos a través de los cuales se construye y valida socialmente la realidad.

La revelación que está leyendo representa una capa más de significado que se añade a la experiencia de la lectura. No significa

que «todo lo que ha leído es falso», sino que «todo lo que ha leído es a la vez verdadero e inventado», como gran parte de la realidad que vivimos cada día.

Podría argumentarse que crear un autor ficticio constituye una forma de engaño incompatible con la ética de la investigación y la comunicación. Sin embargo, este experimento se sitúa en una larga tradición de intervenciones artísticas y literarias que utilizan la ficción como herramienta de investigación social, desde el proyecto Luther Blissett en Italia en los años noventa, mencionado en el texto, hasta intervenciones más recientes de crítica táctica mediática e institucional. La diferencia crucial es que, en este caso, el engaño temporal no es un fin en sí mismo, sino que constituye un método de investigación y un dispositivo pedagógico destinado a la comprensión colectiva.

Este experimento también plantea cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la autoría en la era de la inteligencia artificial. ¿Quién es el autor de este libro? ¿Los abajo firmantes que orquestaron el experimento? ¿O las inteligencias artificiales que refinaron parte de su contenido? ¿O los lectores y comentaristas que, a través de sus propias interpretaciones, ayudaron a construir la figura de Xun y a difundir sus ideas? ¿O tal vez el propio Jianwei Xun, como entidad surgida de esta colaboración distribuida entre humanos, algoritmos y sistemas sociales? ¿Emergente y, por tanto —contradiendo nuestras propias suposiciones— de alguna manera existente?

La respuesta no es sencilla, y quizá la propia pregunta presuponga categorías de autoría que la era de la inteligencia artificial apenas ha empezado a definir. Lo que está claro es que Xun, aunque no exista

como individuo empírico, existe ciertamente como nodo significativo en una red de discursos, citas, interpretaciones y reacciones. Ha generado efectos reales en el tejido social, ha estimulado debates, ha influido en el pensamiento de personas reales, ha sido citado en contextos culturales. Entonces, ¿en qué sentido podemos decir que «no existe»?

Una invitación a la navegación

Si ha leído el libro con atención, recordará que uno de los conceptos clave de Hipnocracia es que la resistencia no consiste en buscar una verdad última, sino en desarrollar una forma de lucidez dentro de la propia simulación, lo que en el texto se denomina «soberanía perceptiva».

Este experimento se concibió precisamente como un ejercicio de soberanía perceptiva colectiva. No pretende desenmascarar una ilusión para revelar una realidad más auténtica oculta en algún lugar, sino crear un espacio de reflexión activa donde los mecanismos de construcción de la narrativa contemporánea puedan observarse y comprenderse a través de la experiencia directa.

En este sentido, el experimento Hipnocracia no es tanto una crítica de la posverdad como un intento de desarrollar una forma de alfabetización de lo real que permita navegar conscientemente por un mundo en el que la distinción entre verdad y simulación se ha vuelto cada vez más borrosa.

La paradoja más profunda de Hipnocracia —y su lección más importante— reside aquí: en la era de las realidades múltiples y las

verdades mediadas por algoritmos, la capacidad de habitar conscientemente el umbral entre la verdad y la ficción, entre lo humano y lo artificial, entre lo individual y lo colectivo es mucho más valiosa que la búsqueda de la verdad absoluta.

Por último, invito a cada lector no solo a reflexionar sobre la naturaleza construida de Jianwei Xun y el proyecto Hipnocracia, sino a cuestionar su propio papel activo en el ecosistema de la verdad contemporánea. Tomar conciencia de cómo participamos a diario en la construcción de estas narrativas no es solo un ejercicio teórico, sino un compromiso concreto para habitar responsablemente el espacio entre la verdad y la ficción, entendiendo que la lucidez crítica es una habilidad esencial para navegar por el mundo actual. La verdadera resistencia a la hipnocracia no reside en el rechazo ideológico de los mecanismos de persuasión, sino en la capacidad de habitar críticamente estos espacios liminales, reconociendo nuestra corresponsabilidad en la producción de sentido.

Todos somos, consciente o inconscientemente, productores y víctimas de los mecanismos de construcción de la realidad. Cada una de nuestras acciones es un fragmento de la máquina de producción narrativa contemporánea. La verdad no es un dato externo que descubrir, sino un terreno de conflicto que moldeamos constantemente. El reto no es desenmascarar la ilusión, sino comprender las geometrías del poder que recorren nuestros gestos más cotidianos y aparentemente inocentes. No se trata de oponerse a otra verdad, sino de desquiciar los propios dispositivos de producción de verdad, desarrollando una sensibilidad que sepa moverse entre sistemas, generando fértiles y espectaculares cortocircuitos en el mecanismo hipnocrático.

ANDREA COLAMEDICI

Filósofo y traductor al italiano de Jianwei Xun



Camino rural

Ullmann, Regina

9788412871692

240

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Una obra y una autora que permanecía inédita inexplicablemente hasta ahora en español. Ullmann es el espejo y en ese espejo se refleja el mundo.

Rilke fue uno de los primeros en reconocer y admirar la singularidad de Regina Ullmann, al que luego se añadieron grandes autores como Hesse, Musil o Mann. Sus delicados personajes —niños, feriantes, campesinos en el fondo de los valles perdidos, violinistas jorobados, sirvientes— pueblan un mundo solitario, frágil y único. Un lugar donde todos parecen aparentemente resignados a su destino.

Su estilo consigue transformar lo simple en trascendental, dotando a lo cotidiano de una dimensión mística. Se sabe que Regina Ullmann tuvo una vida difícil y se dice que su propio sufrimiento se refleja en su obra. Leyéndola es fácil imaginar que así es, pues su mirada introspectiva probablemente no podría ser tan lúcida de no haber experimentado ella misma mucho dolor en carne propia.

En *Camino rural*, la autora explora magistralmente la complejidad de la vida rural y la tensión entre la espiritualidad y la realidad. Nada escapa a su mirada.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Por mis riñones que hoy como bien

Quiroga, Borja
9788412871616
224

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Quién te contó que beber dos litros de agua era bueno para tu riñón? ¿Sabes dónde se fabrica la famosa EPO que oxigena la sangre? ¡En el riñón! En los riñones está también la clave de la proteína *klotho* o elixir de la eterna juventud.

De todo el cuerpo humano, el riñón es el órgano más complejo y más desconocido. Entendido clásicamente como una depuradora de desechos, hoy somos conscientes de que en la salud de nuestros riñones se encuentra la clave de una vida sana y duradera. Fuente de todas nuestras actividades fisiológicas, y por tanto de la propia vida del organismo, su estado determina nuestro bienestar.

La dieta juega un papel fundamental en el desarrollo de las enfermedades renales y, por tanto, en todas sus funciones. En esta obra, el chef con estrella Michelin Miguel Cobo y el nefrólogo Borja Quiroga realizan una sabia combinación entre medicina y gastronomía aplicada a los riñones. Todo ello condimentado con originales técnicas culinarias y los necesarios apuntes culturales sobre evolución humana que tanto han inspirado el proyecto culinario del cocinero afincado en Burgos.

El riñón regula el calcio para bien y para mal: desde las piedras hasta el hueso.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La política del disimulo

Blanco, María

9788412818253

304

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

La obra de un discípulo adelantado de Maquiavelo y Gracián que sabe que, una vez perdida la dignidad, solo queda el arte de la apariencia; el cinismo en estado puro. Un agudo estudio del poder en todos sus aspectos.

«Conócete a ti mismo», «Conoce a los demás», «Simula y disimula». ¿Qué sentido tienen en la actualidad estos tres inseparables mantras de Mazarino, al que habría que añadir el muy representativo de la clase política: «Nunca te fíes»?

El cardenal Mazarino, personaje imprescindible para entender la monarquía absoluta de Luis XIV, conocido como el Rey Sol, no ha sido reconocido en la historia de acuerdo con sus méritos. En esta obra se nos desvela el diplomático, estratega y solucionador de conflictos, quien, a pesar de su origen, logró ascender hasta ser uno de los hombres más poderosos de Europa en su momento.

Mazarino dejó escritas sus filias, fobias, miedos y, sobre todo, demostró ser un verdadero maestro del arte del disimulo; una danza entre la ocultación y el sigilo para la que es necesaria inteligencia y prudencia, virtudes que también son propias de los grandes estrategias empresariales y de cualquiera que aspire a formar parte del teatro del poder.

Una lúcida actualización de un clásico a los problemas de nuestro tiempo. Además de *La política del disimulo*, esta obra incluye una nueva traducción del *Breviario para políticos* del cardenal Mazarino.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Prohibido repetir

Luri, Gregorio

9788412818277

336

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

«A mi hija, si yo no le enseño, llega muy justa a saber leer. En clase no practican ni les mandan deberes para casa. Han desaparecido libros, exámenes... Todo es vivencial».

Esta es la queja de una madre que no entiende lo que se hace en

muchas escuelas, y esa incompreensión parece generalizarse.

¿Qué está pasando? Está pasando que mientras se baja la exigencia y el rendimiento, se inflan los resultados (las notas).

Está pasando que la docencia es cada vez una profesión menos atractiva, que los estudiantes se han convertido en consumidores y los profesores en proveedores de servicios, y que pretendemos lograr el bienestar de los estudiantes a expensas del éxito académico, cuando debería ser al revés.

Está pasando que nunca ha habido más pedagogos, psicopedagogos y terapeutas por metro cuadrado. Y, sin embargo, no sabemos garantizar la calidad de nuestros sistemas educativos. Hoy día, por ejemplo, la palabra repetición evoca enseguida daños emocionales en el repetidor, ignorando los perjuicios a los que se condena de por vida a aquellos que finalizan su enseñanza obligatoria con dificultades severas a la hora de comprender un texto mínimamente complejo.

Estos son algunos de los muchos temas que plantea Gregorio Luri en este completo recorrido por todos los aspectos de la educación.

Nada se queda fuera en esta crítica pero a la vez optimista obra, porque **el autor tiene claro que la escuela no puede sobrevivir sin confianza en sí misma... Y ese es el reto.**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Muertes nada accidentales

Velasco de la Fuente, Paz

9788412661699

384

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Descubrir los factores que llevan a una persona a convertirse en un implacable asesino nos inquieta. Desentrañar qué motivaciones se ocultan tras sus actos criminales, a menudo difíciles de explicar, es el propósito de este nuevo libro de la jurista y criminóloga Paz Velasco

de la Fuente.

Codicia, frustración sexual, el deseo de sembrar el terror, la envidia, el anhelo de combatir la soledad, el amor o incluso el puro placer de matar, son algunos de los móviles que se van desgranando en estas apasionantes historias. A modo de decálogo, la autora construye unos modelos nada accidentales de asesinar, diez relatos en los que, haciendo gala una vez más de su rigor, su capacidad de análisis y conocimientos sobre la mente criminal, disecciona de forma magistral el lado más oscuro del ser humano.

Ampliamente ilustrado con fotografías, mapas y fichas con perfiles criminológicos de los diferentes asesinos, para ahondar desde una visión profesional en las perturbadoras raíces del Mal.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)